

David Vicente

Un pequeño paso para el hombre



Lectulandia

Ramiro, un escritor frustrado sin ningún talento, ha dejado su trabajo como repartidor de pan de molde a turno de noche para escribir su gran obra. Mientras tanto, intenta sobrevivir con el exiguo subsidio de desempleo que le ha quedado y publicitándose como redactor freelance. Una mañana de invierno, Ramiro recibe una visita de un misterioso personaje, Albert Toole, que le propondrá la redacción de una extraña carta: su nota de suicidio. A partir de ese momento se verá envuelto en una serie de acontecimientos, ajenos a su patética y tranquila vida, que tendrán como telón de fondo la llegada del hombre a la Luna en 1969.

Una novela que va más allá del suspense y que pone en entredicho la difusa frontera que separa la locura de la cordura y que nos convierte a todos, incluida la propia realidad, en una inquietante caricatura imposible de distinguir de la ficción.

Lectulandia

David Vicente Valentín

Un pequeño paso para el hombre

ePUB v1.0

Petyr 26.08.13

más libros en lectulandia.com

David Vicente Valentín, 2012.
Diseño portada: Rosario Villajos

Editor original: Petyr (v1.0)
ePub base v2.1

***Para Cristina, Luna María, Bruno y Adriana por hacer del mundo un lugar
con sentido.***

A Diosdado, Rosario y Gabriel por la parte de mí que merece la pena.

*El país de la locura y el de la sabiduría son limítrofes
y de fronteras tan inciertas que jamás uno puede
saber en cuál de los dos se encuentra.*

Arturo Graf

«Este es un pequeño paso para el hombre; un salto gigantesco para la humanidad». Esta histórica frase la pronunció el astronauta Neil Armstrong al descender del Apolo 11 el 20 de julio de 1969 y poner el pie sobre la superficie de la Luna. Sin embargo, él siempre ha sostenido que realmente quiso decir «a small step for a man [...]» (es decir, «un pequeño paso para un hombre [...])», una frase con mucho más sentido y gramaticalmente más correcta.

Parece que una reciente investigación de la grabación de la NASA, realizada con un software de edición de sonido, ha llegado a la conclusión de que Armstrong no se equivocó, sino que pronunció el artículo indeterminado un (a en inglés), tal y como él creía, en tan solo 35 milisegundos (diez veces más rápido de lo normal), por lo que no pudo escucharse con claridad en la Tierra. Sea como sea, esa fue la frase que ha pasado a la historia. Puede que la frase perfecta para un momento histórico como pocos.

Diecinueve minutos más tarde, su compañero Aldrin bajaba por la escalerilla del Águila. «¡Qué magnífica desolación!», fueron sus palabras. En la nave, Michael Collins, a una distancia de ciento once kilómetros de altura, se mantenía en órbita para el acoplamiento. Hablaron por radio con el presidente Nixon.

EL CLIENTE

(15 de febrero de 2003)

1

Hacía dos meses que había insertado en los dos periódicos locales que existían en la ciudad, que había colgado de varios portales de Internet, y literalmente del balcón de su casa, el siguiente anuncio: «Se redactan todo tipo de textos y se realizan correcciones por encargo: textos periodísticos y literarios, textos jurídicos... Incluso cartas de amor». Le pareció bien acabar el anuncio con una pequeña broma que indicase su disposición ante cualquier escrito: ya nadie redactaba cartas de amor, era algo que había quedado obsoleto, propio de otros tiempos de amantes de chaleco y reloj de bolsillo.

En dos meses ni un solo cliente. Sin embargo, Ramiro no desesperaba, estaba convencido de que algún día acabaría viviendo de su gran pasión: la literatura. Había dejado un trabajo fijo como repartidor de pan de molde en turno de noche para dedicarse única y exclusivamente a la creación de su novela, una gran novela de más de mil páginas (al gusto de los clásicos) que sorprendería a propios y extraños por su dureza y profusión, de la cual no había escrito ni una sola letra. Aunque eso era lo de menos; Ramiro, a diferencia de Picasso, no creía que la inspiración fuese cuestión de trabajo, sino que la musa se presenta cuando uno menos la espera y lo único que ha de hacer es recibirla con los brazos abiertos. Y él, la disposición la tenía.

Llegó a un acuerdo con la empresa para poder cobrar el subsidio de desempleo durante dos años. No era mucho: 735,27 euros. Por eso, había recurrido al anuncio como fuente de ingresos extras, al menos esa era la idea, aunque de momento los resultados no estaban siendo los deseados. Por eso, y porque tenía una hipoteca de 498 euros, así que le quedaban tan solo 237,27 para pagar recibos y poder vivir o, más bien, malvivir. No perdía la paciencia, estaba plenamente convencido de que tarde o temprano las cosas empezarían a funcionar. No es que fuese una persona optimista, que no lo era, pero esta vez algo le decía que no se había equivocado al mandar a tomar por el culo aquella mierda de trabajo y a ese cabrón de Martín, con esos aires de encargaducho de tres al cuarto. Estaba a punto de cumplir treinta y cuatro años y no podía dejar pasar más tiempo para alcanzar su sueño: ya había desperdiciado bastante. Ahora o nunca.

Era domingo y hacía un frío de mil demonios. Un día de esos en los que uno no sale a la calle y se pasa las veinticuatro horas tirado en el sillón entre periódicos y televisión, con la calefacción puesta. Si sustituimos la calefacción, que Ramiro encendía con cuentagotas para ahorrar, por un par de mantas, ese era más o menos el plan que había diseñado. Y en esas estaba, entre suplementos y páginas de empleo,

mirando si alguien necesitaba algún redactor o similar, cuando sonó el timbre. No el del telefonillo que daba acceso al portal, sino directamente el de la puerta de su casa. No esperaba ninguna visita y le sorprendió bastante la llamada. Dudó antes de decidirse a abrir. Pensó que podía ser cualquier vendedor a domicilio, cosa improbable en domingo, o incluso una pareja de testigos de Jehová, o algún vecino con una pregunta tonta del tipo: «Perdona que te moleste, ¿tú puedes ver Telemadrid?». Dejó de especular y finalmente se levantó del cómodo sillón y cruzó el pasillo. El timbre volvió a sonar.

2

—¡Ya va! —oyó el hombre que estaba apostado al otro lado, en el descansillo.

Abrió la puerta y se encontró a un caballero elegantemente vestido (traje, corbata y un gabán negro a juego), de unos cincuenta y cinco años. Aunque era ese tipo de hombre maduro y apuesto que podría perfectamente haber superado los sesenta bien llevados.

—¿Ramiro Gutiérrez? —preguntó.

—Sí —contestó Ramiro—, el mismo, ¿tengo el gusto de conocerle?

—Por supuesto que no. ¿Por qué habría de conocerme? Vengo por el anuncio.

—¿El anuncio? —Ramiro ciertamente estaba un poco desconcertado.

—Sí, su anuncio. Usted tiene un anuncio colgado de su terraza en el que se ofrece como redactor de textos diversos. A no ser que me haya equivocado y este no sea el 4.º A ni usted Ramiro Gutiérrez. Aunque hace unos instantes me ha confesado que sí lo era.

—Sí, sí, perdone. En estos momentos no caía a qué se refería usted, pero sí, yo soy Ramiro Gutiérrez y por supuesto el anuncio es mío.

Ramiro no acababa de comprender a qué venía esa sequedad que rayaba la grosería, pero era su primer cliente, así que hizo un esfuerzo por obviarla.

—Si es tan amable, ¿podríamos pasar dentro y le explico en qué consiste mi encargo?

—¡Oh, sí! Perdone. Adelante. Disculpe el desorden.

Le invitó a entrar y le indicó con un gesto que siguiese al fondo por el pasillo hasta llegar al salón.

—Acomódese donde pueda —le dijo ofreciéndole un sillón del que retiró un montón de ropa que había encima, dispuesta para ser doblada y devuelta al armario, lanzándola dentro de uno de los dormitorios y cerrando la puerta acto seguido—. Usted dirá.

—En fin —dijo el extraño sin desprenderse en ningún momento de su abrigo y sin reclinarsse en el respaldo—, no sé muy bien por dónde empezar. Por el momento

omitiré mi nombre hasta estar seguro de que le interesa mi encargo. Asumo que lo que voy a decirle le puede resultar un tanto sorprendente y poco habitual, pero en el fondo lo único que quiero de usted es que me redacte un texto. Su anuncio ponía que redactaba todo tipo de textos y el que yo voy a encargarle no deja de ser un texto como cualquier otro. Además puedo asegurarle que le voy a pagar muy bien. Probablemente mucho mejor de lo que le hayan pagado por cualquier otro del mismo tamaño...

Ramiro le escuchaba atentamente, sorprendido por su acento algo peculiar pero difícil de situar, sin terminar de entender a qué venía tanto preámbulo, pero decidió no interrumpirle.

—El texto que quiero que usted me redacte es apenas una hoja, puede que media, eso ya lo decidiremos entre los dos una vez que acepte el trabajo. El precio que voy a pagarle son tres mil euros.

Ramiro tuvo que contenerse, pero no pudo evitar una expresión de asombro en su rostro. ¡Tres mil euros por una sola hoja, media, aquello era una absoluta barbaridad! Se había vuelto completamente loco, pero desde luego no iba a ser él quien se lo hiciese ver.

—El texto —continuó el misterioso cliente— consiste en la redacción de mi nota de suicidio...

3

Ahora sí, Ramiro no pudo evitar un «¡Cómo...! Creo que no le he entendido bien».

—Sí, amigo, me ha entendido usted perfectamente. Quiero que redacte mi nota de suicidio. Evidentemente soy consciente de tan insólita y singular redacción, de ahí la cantidad de dinero ciertamente desproporcionada para tan escueto trabajo. Y aunque bien es cierto que, puesto que pienso dejar este mundo en breve, el dinero ya no me va a hacer falta, no quiere decir que esté dispuesto a malgastarlo, y menos con un completo desconocido. No creará que voy a regalarle el dinero sin más. Antes he de ver si usted es el tipo que estoy buscando. Tampoco es necesario que sea un Premio Nobel, pero lógicamente ha de tener una redacción lo suficientemente buena como para que yo pueda contratarle. Aunque lo primero es saber si usted está o no interesado en el trabajo.

Ramiro no supo qué contestar, aunque su interlocutor ni siquiera le dejó opción.

—No tiene por qué responderme ahora. Asumo la necesidad de meditar una respuesta como esta durante un tiempo prudencial —dijo mientras se levantaba del sillón y le ofrecía la mano a Ramiro para que se la estrechase, cosa que Ramiro realizó con un gesto mecánico y semiinconsciente—. Yo tengo su dirección, así que

en unos días pasaré de nuevo por aquí para ver si ya tiene una respuesta en un sentido o en otro.

Las últimas palabras las pronunció casi en la puerta del salón, a punto de abandonarlo. Ramiro iba a levantarse de la silla que había ocupado, dispuesto a acompañarlo hasta la puerta, pero él no se lo permitió.

—No se preocupe, conozco la salida. Muchas gracias.

Antes de que pudiese reaccionar se oyó el ruido de la puerta de la entrada cerrándose.

El Apolo 11 comenzó su andadura el 16 de julio de 1969; ocho días más tarde, el 24 de julio de 1969, el Apolo 11 amerizó en el océano Pacífico (Hawái), donde lo aguardaba el portaaviones Hornet.

Antes de regresar, los astronautas dejaron para siempre en la superficie lunar una inscripción que reza: «Aquí hombres del planeta Tierra pisaron la Luna por primera vez, julio 1969. Venimos en paz para toda la Humanidad». Fue firmada por los astronautas y el presidente Nixon. Apenas un siglo antes, el escritor Julio Verne había novelado algo parecido en una de sus historias fantásticas, De la Tierra a la Luna. El sueño había terminado, se había convertido en realidad. Los límites del hombre parecían no tener fin.

RAMIRO MEDITA SOBRE LO SUCEDIDO

1

Ramiro se quedó recostado analizando el estrambótico encargo que acababan de proponerle. Sin duda alguna aquel hombre estaba completamente loco. ¿A quién podía ocurrírsele la idea de encargar a un redactor su nota de suicidio? Uno se suicida sin más, y escribe una nota o no, según le dicte su conciencia, pero no va por ahí pidiéndole a nadie que se la escriba. A fin de cuentas qué importancia puede tener la redacción de un texto de ese tipo comparado con el acto en sí de suicidarse. Nadie, después de ver el muerto y encontrar la nota, va a reparar en si tiene o no faltas de ortografía.

Valoró la posibilidad de que simplemente fuese una tomadura de pelo de algún amigo. Posibilidad que desechó al instante, pues su grupo de amigos era tan reducido que no se componía de ningún miembro. Aun así, era posible que fuese una broma: un gracioso pasa por debajo de su terraza, ve el anuncio, está con unos amigos, probablemente han tomado unas cervezas de más, y deciden reírse del pobre idiota que ha colgado el anuncio del balcón, en este caso Ramiro. Cierto que era un poco mayor para ir por ahí gastando estúpidas bromitas. Pero eso tampoco significaba nada; su experiencia le decía que el mundo estaba lleno de gilipollas de todas las edades. Sin ir más lejos, el propio Martín, su antiguo encargado, era un auténtico imbécil y sobrepasaba de largo los cuarenta.

Finalmente, después de examinar la situación, concluyó que aquello era lo que había sucedido. Quizá fuese el pago de cualquier apuesta entre machotes: «¡A que no hay güevos a subir a casa de ese imbécil y descojonarse de él!». «¡Cómo que no, ya verás!». A buen seguro, así había sido, era lo más factible: ese estúpido tono serio, rozando la mala educación, ese aire de misterio, ese acento de aventurero de otras tierras, probablemente fingido... Ahora estarían todos debajo de su portal partiéndose de risa: «Mira el pobre tonto, menuda cara ha puesto». El muy anormal estaría contando la anécdota, añadiendo todos los detalles inventados que se le ocurriesen acerca de cualquier cosa: su nerviosismo, sus gestos, su voz tintineante... En fin, tampoco había que darle mayor importancia. Uno tiene que saber encajar las bromas por muy estúpidas que le parezcan. Desde luego esta se llevaba la palma de la estupidez.

En definitiva, lo realmente preocupante era que seguía sin trabajo y sin visos de encontrarlo en breve. Se levantó del sillón y se situó frente al ordenador para continuar golpeando las teclas. Su gran novela le esperaba.

2

Estuvo frente a él lo que restaba de tarde, escribiendo y destruyendo archivos. Estaba completamente atascado: tenía una historia, sabía lo que quería contar con ella, pero le faltaba el cómo. Sus dedos no estaban ágiles, las palabras no brotaban de su cabeza. Encendía un cigarrillo tras otro en busca de la inspiración, pero a lo único que realmente se aproximaba era al cáncer de pulmón, mientras la inspiración seguía en un lugar muy lejano a la habitación donde se encontraba Ramiro.

Lo que Ramiro pretendía plasmar era la historia de la humanidad, su crueldad, la crueldad del hombre, la violencia, el desgarró, el mundo de locura en el cual estábamos todos inmersos y en el que siempre habíamos navegado, desde el comienzo mismo de la vida humana. El comienzo de la vida humana había sido paradójicamente el final de la humanidad. ¿Pero cómo coño iba a ser capaz de escribir todo eso?

De pronto pensó que Dios era esquizofrénico, que en realidad ninguno de nosotros existíamos, simplemente estábamos dentro de la cabeza de Dios, que en realidad tampoco era Dios, sino un esquizofrénico solitario enfrentándose a la vida eterna como una especie de John Wayne cabalgando solo por el desierto de Arizona.

Hubo una época en la que los seres humanos que habitaban la Tierra eran inmortales. Crecían hasta la edad adulta, veinticinco, quizá treinta años, y a partir de ahí se detenía su crecimiento para siempre. Vivían eternamente con esa edad, nada los podía destruir, excepto la lucha con otro hombre; por eso vivían en paz los unos con los otros. Vivir en paz era su modo de sobrevivir, de preservar su propia vida y la de los suyos. La vida se desarrollaba en una especie de paraíso en el que reinaba el amor y el respeto entre todos los habitantes.

Todo iba bien, la gente era feliz y disfrutaba de la armonía en un mundo idílico lleno de jóvenes apolos y bellas doncellas, que practicaban sexo en plena libertad y sin ninguna atadura. Hasta que estalló una gran guerra, una guerra mundial, una lucha sanguinaria de todos contra todos. Se apoderó del planeta Tierra un virus llamado la Ira. Aunque esto del virus de la Ira tenía que modificarlo, le sonaba haberlo sacado de alguna película, *28 días* o algo así. Una en que un hombre se despierta de un coma después de 28 días y se encuentra el mundo completamente destrozado y sin ningún habitante a causa de la Ira. En fin, ya pensaría sobre cómo modificar eso para que no pareciera un plagio.

Los hombres comenzaron a destrozarse unos a otros, hombres contra hombres, mujeres contra mujeres, niños contra niños, hombres contra niños, mujeres contra hombres, todo el mundo sembraba a su paso la violencia y el caos... Hasta que la humanidad llegó a su fin. Solo quedó un hombre sobre el planeta, Dionisio. Un único habitante de su especie. Un único habitante inmortal. Un único habitante destinado a vivir el resto de sus días en la más absoluta soledad. Vagando por una tierra desolada sin nadie con quien poder comunicarse. Quizá fue el más fuerte, pero también fue el

que salió derrotado: para él nunca habría paz.

Anduvo sin sentido días y noches enteras, recorriendo kilómetros en busca de alguien, pero lo único que encontró en su camino fueron cadáveres descompuestos, millones de cadáveres descomponiéndose al sol, pasto de los buitres y las hienas. Cayó rendido, exhausto.

Estuvo durmiendo siete días seguidos; al séptimo día despertó. Para su sorpresa nada era igual que antes, o quizá todo volvía a ser igual que siempre, igual que antes de caer en un profundo sueño. El mundo volvía a estar habitado. Había niños jugando por las calles, casas, mujeres haciendo la compra, hombres trabajando... Todo era igual, excepto que existía un tipo de hombre nuevo, un tipo de hombre desconocido hasta el momento. Un hombre que caminaba mucho más lento, encorvado, con arrugas en la cara y en el cuerpo, un hombre que no podía trabajar y en la mayoría de los casos necesitaba ser cuidado... El hombre podía envejecer, podía enfermar, podía morir... Por lo tanto, ya no necesitaba ser amable y vivir en paz, ya no solo podía ser destruido por sus congéneres; el paso del tiempo también hacía mella en él. Existían hombres que vivían en paz y otros que no lo hacían.

Lo curioso del asunto es que nadie reparó en su presencia: él era alguien ajeno al resto de mortales, nadie parecía verle ni oír sus gritos desesperados pidiendo ayuda, solicitando alguna explicación. El tiempo pasó, días, meses, años... Todo el mundo seguía sin verle. Y no solo eso: mientras el resto envejecía y moría, él se conservaba tal cual, con la misma plenitud de otros tiempos. Le costó entender qué era lo que estaba pasando, hasta que finalmente llegó a la conclusión de que durante los días que él había estado durmiendo había surgido un nuevo orden de humanos mortales. Él era el único superviviente del orden superior que hubo anteriormente, se otorgó a sí mismo el calificativo de Dios, que venía a significar un ser supremo que está por encima del bien y del mal y que observa todo, e incluso puede intervenir en ello a su antojo.

Evidentemente nada de esto era lo que había sucedido. Dionisio, completamente destrozado, estuvo descansando una semana entera. Cuando despertó, su mente no quiso asumir que era la única persona con vida y que, además, estaba condenado a vivir sin ninguna compañía hasta el final de los días. Se volvió esquizofrénico e imaginó un mundo a su alrededor mortal, en el que él era el único inmortal dominador de todo ese mundo que transformaba a su capricho. El resto solo existíamos dentro de la cabeza de Dionisio y continuaríamos existiendo mientras Dionisio quisiese que nuestro personaje permaneciese allí dentro. Una vez que no aportase nada a su mundo de fantasía, Dionisio lo haría desaparecer: un cáncer, una guerra, un accidente... Cualquier cosa.

A Ramiro le pareció genial todo aquello. La historia daba para mucho, estaba completamente excitado, sabedor de que había dado con algo grande. Como el científico que se pasa meses dentro del laboratorio y después de mucho trabajo descubre la fórmula exacta que está buscando. Por fin había conseguido tener un esqueleto del que partir para ir acoplando en él todo tipo de tejidos. ¡Y menudo esqueleto! Sin duda iba a ser la mejor novela escrita en tiempos, con permiso del señor don Miguel de Cervantes y su *Quijote*.

No acababa de creerse que aquello se le hubiese podido ocurrir a él, algo tan genial, tan sublime. Algo parecido es lo que debió sentir Cortázar cuando *Rayuela* se le introdujo dentro, del mismo modo que ahora a él se le había introducido *La leyenda de Dionisio* (título que eligió de manera provisional).

Reflexionó durante unos instantes acerca de si el escritor elige la historia o es la historia la que elige al escritor. Decidió que un poco de ambas cosas y volvió a lo suyo, que era la historia de Dionisio. Borró todos los archivos escritos hasta el momento y abrió una nueva página de Word: ¿quién quería ocupar sitio con historias mediocres teniendo una gran historia? La encabezó con grandes letras en negrita, 16 puntos de tamaño, tipo Arial: *DIONISIO*.

Antes de teclear ninguna cosa más se encendió un pitillo; estaba realmente nervioso, sabedor de que aquello no era una historia cualquiera, era la Historia, la Gran Historia con mayúsculas. Eran las nueve y media de la noche y se había pasado toda la tarde frente a la pantalla. No había prisa, la historia ya estaba en su cabeza y de ahí no iba a salir. Era necesario hacer las cosas bien, reposar las ideas: con ese estado de nervios no podía escribir. Decidió abandonar el ordenador y prepararse algo de cena, estaba hambriento.

Se preparó un sándwich para el que utilizó las últimas tres lonchas de mortadela y las dos últimas rebanadas de pan de molde. Abrió la penúltima lata de cerveza para acompañarlo. Mañana haría algo de compra. Puso el televisor y se quedó dormido en el sillón viendo por enésima vez la reposición de *El planeta de los simios*. Cerró los ojos justo cuando uno de los monos está interrogando a Charlton Heston mientras permanece encerrado en una gran jaula. Al lado, encerrada en otra jaula, una hembra humana que se comporta como un simio (que al fin y al cabo es lo que hacen todos los humanos durante la película) lo mira con ojos de cordero degollado.

El Programa Apolo comenzó en julio de 1960 cuando la NASA anunció un proyecto, a continuación de las Misiones Mercury, que tenía como objetivo el sobrevuelo de astronautas alrededor de nuestro satélite, destinadas a localizar una zona de alunizaje para conseguir un vuelo a la Luna. Pero los planes iniciales se vieron modificados en 1961 con el anuncio del presidente John F. Kennedy de enviar un hombre a la Luna y regresarlo sano y salvo antes de que finalizara la década. La meta se alcanzó con cinco meses de sobra, cuando el 20 de julio de 1969 Neil Armstrong y Edwin Buzz Aldrin, a bordo de la Apolo 11, alunizaron en el Mar de la Tranquilidad.

EL TIMBRE SUENA DE NUEVO

1

La realidad es que, por mucho que le pesase a Ramiro, nunca llegaría a ser escritor. Carecía del talento necesario para ello, más allá de que tuviese o no una historia que contar, que, dicho sea de paso, tampoco la tenía, si dejamos a un lado esa estúpida historia de que Dios era un esquizofrénico y que el resto de los mortales solo éramos producto de su imaginación.

¿Por qué entonces Ramiro se había empeñado en ser escritor? La respuesta es tan sencilla como increíble. Ramiro ganó con quince años un concurso de poesía organizado en su instituto, simple y llanamente. El jurado, compuesto por el claustro de literatura en pleno, entre los que se encontraba la implacable profesora Rita, no fue consciente en ese momento de que habían creado un monstruo, o un idealista, que viene a ser lo mismo. Sobre todo por la interpretación que Ramiro había de dar a ese premio. En él se basaron todas sus esperanzas de futuro. Todas sus esperanzas de hacer algo grande en este mundo y de dejar su imborrable huella para la posteridad.

Lo que Ramiro nunca supo es que al concurso de literatura solo se presentaron tres alumnos, con tres nefastos poemas, que a la postre fueron los tres poemas ganadores. Tan nefastos eran los poemas que el jurado lo tuvo bastante complicado para elegir uno de ellos como primer premio, uno como segundo y otro como tercero en discordia. Finalmente, decidieron resolver el fallo mediante un sorteo, en el que Ramiro resultó ser el ilustre vencedor y, por lo tanto, el merecedor de la placa conmemorativa, el lote de libros y lo más importante: el prestigio del concurso.

Paradójicamente, la suerte que acompañó a Ramiro en el sorteo debía convertirse finalmente, y sin que ninguno de los encargados de sacar los papelitos con los nombres de los participantes dentro de una bolsa lo supiesen, en mala suerte a la hora de marcar los designios de su vida.

Cuando Ramiro cumplió trece años y recibió como regalo de su tía Ángela un recopilatorio con los mejores poemas de Walt Whitman, comenzó a tener clara su vocación literaria. Con toda seguridad se convertiría en un trovador moderno que le cantaría a los infortunios, al igual que Whitman. Pero fue ese premio el que le proporcionó el espaldarazo definitivo. El que le convenció de la calidad que tenía su pluma. Una calidad que él siempre había intuido, pero que nunca había sido confirmada hasta ese momento.

2

Se despertó en el sillón a las cuatro de la madrugada con un dolor de cuello

terrible. Los espantosos simios, vestidos de guerreros del ejército de Atila, y el señor Heston, ya no estaban. Ahora había una señora de mediana edad de muy buen ver, con unas mallas deportivas azul cobalto que se le introducían en los carrillos del culo, encima de una bicicleta, realizando movimientos aeróbicos e ilustrando al espectador sobre las maravillas que suponía contar con esa bicicleta en casa y mostrando el buen tipo que se le había quedado a ella gracias al ejercicio realizado encima del aparato. Tan solo media hora al día le había bastado para «tener unos glúteos firmes y bien formados».

Gracias o no a la bicicleta, la señora tenía unos glúteos más que firmes y bien formados. Y no solo los glúteos los tenía en su sitio, también el resto de su anatomía. No había más que fijarse en sus pechos turgentes que se movían al ritmo del pedaleo. Ramiro, recién despierto y con la imagen de aquella rubia cuarentona en el televisor, tuvo una erección más que considerable que sintió la necesidad de aplacar. Así que bajó el pantalón de su pijama y dejó al descubierto su pene, tieso como un palo de billar, que meneó una y otra vez abajo y arriba mientras observaba el culo de aquella rubia pedaleando.

El anuncio de la bicicleta terminó, para desgracia de Ramiro, que no había culminado todavía el onanismo, y la teletienda dio paso a otro anuncio en el que se publicitaba «una máquina para eliminar el vello de los sitios más difíciles: cuello, cejas, nariz, comisuras de los labios...». A Ramiro no le quedó más remedio que eyacular frente a la imagen de un tipo musculoso y rudo que se pasaba la maquinilla por el interior de su nariz «para eliminar los pelitos que a todos nos asoman y nos afean».

Después de limpiar las gotitas de semen de su pene con la servilleta que había encima de la mesa, que era la misma que había utilizado para cenar, y recoger del suelo con una fregona el grosor de la eyaculación, decidió que ya había dormido suficiente y que era un buen momento para empezar con la historia de Dionisio, su dios esquizofrénico. Encendió el ordenador y se puso manos a la obra.

Comenzó relatando los orígenes de la civilización de Dionisio y el porqué de su inmortalidad. Eso no quedó muy claro e hizo una nota en la que indicaba la necesidad de repasar y dar mayor contenido a ciertos párrafos.

Había leído en alguna parte que la mayoría de escritores no escriben las novelas de principio a fin, tal y como las leen los lectores, sino saltando de un capítulo a otro según la inspiración del momento para narrar una u otra cosa. Así que decidió que no era ningún problema aparcar por un momento el tema de la inmortalidad y describir la gran guerra en que los hombres víctimas de la Ira se destrozan los unos a los otros. Esta parte le ocupó tres capítulos, veinte hojas y cinco horas de trabajo intenso, además de medio paquete de cigarrillos. Hizo un descanso para poner la cafetera y volvió al ordenador con un café bien cargado para releer lo escrito. Corrigió unas

cuantas faltas de ortografía, cambió el orden de algunos párrafos y sustituyó algunas palabras y estructuras por sinónimos más convenientes según su criterio. Con esto dio por bueno un trabajo que a cualquiera le hubiese parecido una auténtica basura literaria.

3

A pesar del café, el sueño le podía. Estaba orgulloso del trabajo realizado, así que no vio ningún inconveniente en echarse una cabezadita y volver a trabajar a media mañana o después de comer. Guardó los archivos bajo el título provisional de *Dionisio*, apagó el ordenador y se dispuso a recuperar el sillón cuando sonó el timbre.

¿Quién coño sería a esas horas de la mañana? Se hizo el remolón antes de abrir, en espera de que, fuese quien fuese, se hubiese equivocado, o de que simplemente fuera un mendigo vendiendo *La Farola* (los indigentes del barrio habían pasado de abordar a la gente por la calle a subir a sus casas) que desistiera al ver que no obtenía respuesta. El timbre volvió a sonar por segunda vez: aguantó con estoicismo, sentado frente al ordenador sin moverse. Nuevamente sonó una tercera. No tuvo más remedio que dirigirse a la puerta y abrir.

¡Joder! Se llevó un susto de muerte. Era el suicida del día anterior, o el bromista, o el loco, o lo que cojones fuese, embutido en el mismo gabán y con una bufanda negra.

El 16 de julio de 1969 fue impulsado el Apolo 11 rumbo a la Luna a las 9:32 (hora local) del complejo de Cabo Kennedy, en Florida (Estados Unidos), por un cohete Saturno V desde la plataforma LC39 A. Oficialmente se conoció como AS-506 y fue el encargado de enviar a los primeros astronautas hacia la Luna.

Dos horas más tarde, Albert Toole abandonaba la prisión neoyorquina de Sing Sing, en el estado de Westchester, a orillas del río Hudson.

BREVE INCISO SOBRE ALBERT TOOLE

1

Albert entró con un revólver de cañón corto en una licorería del barrio de Brooklyn y encañonó al dependiente a menos de metro y medio, exigiéndole el dinero de la caja. El dependiente mantuvo la calma y se giró para abrir la registradora, pero Albert se dio cuenta de que lo que intentaba era alcanzar un Colt calibre 45 que tenía guardado en uno de los cajones contiguos a la máquina. Cuando el dependiente, un hispano de unos cincuenta años, se dio la vuelta con el Colt en la mano y con intención de disparar, Albert se adelantó y le voló la cabeza de un certero disparo. Sobra decir que Charly, «el Conejo», Rodríguez, en realidad Carlos Rodríguez (lo de «el Conejo» era por sus dientes), cayó muerto en el acto dejando un reguero de sangre detrás del mostrador y un buen puñado de masa encefálica esparcida por las botellas.

Albert saltó el mostrador, abrió la caja y la vació: apenas unos cuantos dólares y unos pocos centavos. ¿Cómo alguien podía ser tan estúpido para jugarse la vida por unos míseros dólares? Albert estaba furioso con aquel hijo de puta: su intención no era matarle, pero no le había quedado otro remedio. ¿Qué podía hacer teniendo un Colt 45 apuntándole directamente? ¡Joder, cómo podía haber dado con un dependiente tan gilipollas! Vacío rabioso su cargador en el cuerpo del hispano muerto. Cinco disparos más, cinco inútiles disparos que solo sirvieron para aplacar la ira de Albert Toole.

Tan solo cuatro horas más tarde detuvieron a Albert borracho en un bar, apenas a dos manzanas de distancia del lugar del crimen. No opuso resistencia en ningún momento y colaboró con la policía. Fue la única cosa inteligente que Albert hizo desde que puso el pie en el suelo esa mañana. Probablemente fue la única cosa inteligente que Albert había hecho en los últimos veinticinco años. Eso fue el verano de 1961.

El juicio se celebró cuatro meses después, en el invierno de ese mismo año. Albert se declaró culpable en todo momento y alegó que no era consciente de lo sucedido, pues estaba bajo los efectos del alcohol. Así se lo aconsejó su abogado, un joven letrado de oficio que le asignó el Estado y que solo había tenido dos casos con anterioridad al de Albert, por supuesto ninguno de ellos por homicidio.

El jurado le condenó a cadena perpetua. La única perspectiva que le quedaba a Albert era pudrirse el resto de su vida dentro de una prisión. Lo que era una perspectiva bastante poco halagüeña, considerando que Albert tenía tan solo cuarenta y tres años y aún le quedaba mucho para estirar la pata.

Cuando oyó el veredicto no se inmutó y lo asumió con entereza. En realidad

tampoco podía esperar nada mucho mejor que eso. Cadena perpetua es lo mínimo que uno puede esperar cuando mata a alguien a sangre fría y luego le vacía un tambor de balas en el cuerpo. Es algo difícil de comprender para un jurado, por mucho que a uno le hayan apuntado con un revólver y luego esté rabioso por no haber encontrado dinero dentro de la caja registradora.

2

Albert tenía cincuenta y un años, aunque aparentaba setenta, cuando el funcionario abrió la puerta de su celda y le comunicó que era un hombre libre.

—No preguntes nada, recoge tus cosas y lárgate de aquí. No sé qué cojones pasa, pero el Estado considera que ya has cumplido tu deuda. ¡Vamos, muévete, hijo de puta, antes de que me arrepienta! —le dijo.

Albert no preguntó nada, aunque tampoco entendía nada, y se largó. No sabía a dónde ir, pero se largó de allí con el petate a la espalda. Pensó que aquello era un error, que alguien se había equivocado de preso y en cualquier momento se darían cuenta. Así que una vez que se cerró detrás de él la última puerta de la prisión, no miró hacia atrás en ningún momento, anduvo con paso ligero y, en cuanto desapareció de la vista de los funcionarios, corrió todo lo que pudo.

Nadie pensaba perseguir a Albert. Su libertad, aunque era algo que nunca llegaría a saber, había sido concedida a instancias del propio presidente. Richard Nixon había indultado a Albert firmando la orden de su puño y letra.

Tan solo dos meses más tarde de que Neil Armstrong pusiese el pie en la Luna, se celebró el festival de Woodstock en Nueva York, concretamente en el poblado de Bethel. Entre el 15 y el 18 de agosto 400 000 personas disfrutaron de los mejores grupos del momento. Tocaron Joe Cocker, Santana, The Who, Jimi Hendrix, Janis Joplin, Bob Dylan..., entre otros muchos. El número de personas que asistió superó en 350 000 las cifras más optimistas de los organizadores. Muchos lo calificaron como la consagración del movimiento hippie. Para otros representó una lucha política contra el sistema, otra vuelta más de tuerca al mundo después del Mayo Francés. Algo estaba cambiando.

Para la mayoría, los más conservadores o simplemente los padres de esos 400 000 chicos, no eran más que unos cuantos jóvenes melenudos moviéndose al son de una música estridente, bebiendo alcohol, drogándose y follando sin control. Una auténtica aberración.

Hoy en día, Woodstock sigue siendo el mayor festival que se ha celebrado en la historia. Pero el mundo no ha cambiado.

EL SUICIDA INSISTE

1

—Buenos días —dijo—, perdone que le moleste a estas horas, pero pensé...

Ramiro interrumpió sus disculpas.

—Mire, creo que como broma ya está bien. No sé si me ha visto cara de idiota, cosa que no le reprocho, porque he de decirle que yo también me la veo cuando me afeito por las mañanas, pero no estoy dispuesto a soportar más esta tomadura de pelo. Ayer cuando usted se presentó aquí con esa pamplina del suicidio y ese halo de misterio, no supe cómo reaccionar y por un momento casi me creo la bromita. Pero creo que ya es suficiente: uno tiene que saber cuándo parar. Váyanse usted y sus amigos a tomar por saco y de paso a tomarle el pelo a otro.

Ramiro cerró la puerta enérgicamente dejándole con un palmo de narices y con la palabra en la boca al otro lado del umbral.

Permaneció unos segundos sin moverse detrás de la puerta, esperando que sonase el timbre de nuevo. No sonó. No podía creer que le hubiese resultado tan fácil quitárselo de encima. Ramiro era una persona pusilánime y de bastante poco carácter. Pensó que algo estaba cambiando dentro de él. Desde que había tomado la decisión de dejar ese trabajo como repartidor y dedicarse por completo a la escritura, se sentía un hombre nuevo, más seguro de sí mismo. Sin duda su confianza y su autoestima estaban reforzadas y esta era una muestra más de ello. Había sido capaz de enfrentarse a la situación con total firmeza, sin dudar ni un ápice.

Ramiro pegó su ojo a la mirilla para cerciorarse de que el tipo se había marchado realmente. ¡Coño! Por poco se le queda parado el corazón de un susto. Allí seguía, impertérrito, tieso como una vela. Esperando quién sabe qué detrás de la puerta.

Volvió a tocar el timbre al saberse observado por Ramiro.

—Vamos, abra la puerta para que hablemos y deje de hacer el imbécil de una vez.

—Lárguese de aquí o llamaré a la policía. Estoy empezando a pensar que es usted un loco de remate. ¿Qué cojones quiere? Se lo digo por última vez: voy a llamar a la policía como no se vaya.

Ramiro vio como el hombre metía la mano en el bolsillo de su abrigo, sacaba lo que parecía un sobre en el que escribía algo y lo dejaba en el suelo junto a la puerta.

—Está bien, me largo, ahí le dejo un sobre con un adelanto por el trabajo y mi número de teléfono. Llámeme en cuanto descanse un poco y se le pase la paranoia. Pero hágalo pronto, el tiempo apremia, de hecho cada vez queda menos tiempo. Ha de escribir esa nota cuanto antes.

2

Se dio la vuelta y Ramiro pudo ver cómo enfilaba las escaleras y las descendía sin mirar atrás. Esperó un rato para estar seguro de que se había ido por fin y abrió la puerta después de un par de minutos. Se asomó por la barandilla de la escalera. No había nadie.

Recogió el sobre del suelo. En el frontal había efectivamente un número de teléfono y un nombre: Albert Toole. En el interior del sobre había quinientos euros en billetes de cincuenta.

Aquello no tenía pinta de ser ninguna broma. Sin duda aquel hombre estaba completamente chalado. Era verdad que quería suicidarse y que quería que él fuese el responsable de escribir sus últimas palabras a este mundo. Era un auténtico disparate.

No sabía cómo reaccionar, pero era evidente que tenía que llamar al tal Albert Toole. ¿De dónde cojones era ese nombre? ¿Inglés, americano, australiano...? Ahora entendía por qué ese acento tan peculiar. Pero eso era lo de menos. Tenía que llamarle y quitarle esa estúpida idea del suicidio de la cabeza. Por lo menos tenía que quitarle la idea de que él fuese el encargado de redactar esa puta nota. No estaba dispuesto a cargar con un cadáver sobre sus espaldas por muy alto que fuese el precio. Aunque de un modo u otro aquel hijo de puta ya le había hecho responsable de su historia sin que él lo pretendiese. Simplemente el hecho de haberle contado sus intenciones le hacía cómplice de alguna manera. Ahora sabía que había por ahí alguien con intención de suicidarse. Antes también sabía de la existencia del suicidio, por supuesto, al igual que de la existencia de guerras y de la existencia de asesinos, pero no tenían una cara determinada, eran personas anónimas. No se habían presentado dos veces en la puerta de su domicilio para informarle de sus intenciones... Aquello era absurdo, debía llamar a la policía. Además estaba lo del dinero: aquel loco podía inventarse cualquier cosa.

Por otro lado, ¿qué le iba a contar a la policía?: ¿que él tenía un anuncio colgado del balcón ofreciéndose como redactor y que había acudido un desconocido a su casa para encargarle su carta de suicidio, por la que le había adelantado quinientos euros? Alguien al que no conocía de nada. No iban a creer una sola palabra. ¿Cómo iban a creerlo? Si ni siquiera él terminaba de creerlo... Aunque estaba el teléfono. La policía podía llamar por teléfono y ponerse en contacto con ese hombre, corroborar la historia. No... Lo más seguro es que lo negase todo para no verse «enmarronado» y al final acabasen tomándolo a él por un demente.

Necesitaba reflexionar sobre el asunto antes de tomar ninguna decisión. Eran las nueve y media de la mañana, pero aun así necesitaba una cerveza. Abrió la última que le quedaba en la nevera y le dio un buen trago. También necesitaba un cigarrillo: había decidido dejar de fumar hacía unas horas, pero no era el momento. Rebuscó entre los cajones: nada; en qué hora se le ocurrió romper el paquete de tabaco. Por fin encontró una cajetilla en la mesilla del dormitorio; se encendió un pitillo. Le dio otro

trago a la cerveza y la dejó prácticamente liquidada.

Lo mejor era posponer cualquier decisión para más tarde; necesitaba dormir. ¡Y qué cojones! Si a un capullo le daba por volarse la cabeza o por tirarse a la puta vía del tren tampoco era problema suyo. ¿Qué coño iba a hacer él? Se tumbó un rato en el sillón y se echó una manta por encima: hacía algo de frío y no le apetecía gastar calefacción. Más bien, no tenía un puto duro con qué pagar el recibo del gas: eso sí era un verdadero problema y no que un chalado quisiese irse al otro barrio dejando escrita una nota con una redacción impecable. Miró el sobre con los quinientos euros que había dejado sobre la mesa... Necesitaba dormir.

Michael Collins era teniente coronel en julio de 1969 cuando pilotó la nave Apolo 11, concretamente el módulo de mando Columbia. Más tarde llegaría a ser coronel. Su importante papel en la misión no solo le valió varias condecoraciones, sino que además recibió la Medalla Presidencial de la Libertad.

En enero de 1970 fue nombrado secretario de Estado adjunto para asuntos públicos. En 1971 fue director del Museo del Aire y del Espacio. En 1980 fue nombrado director de la LTV (Aerospace and Defense Company); renunció en 1985 para comenzar su propio negocio. Collins completó dos vuelos espaciales, registrando 266 horas en el espacio, de las cuales una hora y veintisiete minutos fueron destinadas a las caminatas espaciales.

Últimamente, Collins ha escrito acerca de sus experiencias en el programa espacial en varios libros, incluyendo Carrying the Fire y Flying to the Moon and Other Strange Places. En 1988 escribió Liftoff: the Story of America's Adventure in Space. Actualmente Michael Collins es consultor aeroespacial y escritor.

ALBERT TOOLE JR.

1

Albert Toole murió tres años después de salir de la cárcel, en 1972. Su hígado estaba completamente hecho paté. El Gobierno estadounidense le concedió, además de la libertad, una pequeña pensión vitalicia que destinaba a pagar el alquiler de un cuchitril, a follar putas cuando su pene se podía poner erecto, que no era muy a menudo, y a comprar *whisky*, sobre todo a comprar *whisky*, que ingería a todas horas. Murió tirado en el rellano de su casa como un perro, envuelto en un charco de vómito y sangre. Nadie le echó de menos, ni reclamó su cadáver, que fue a parar a manos de un hospital estatal para que los estudiantes de medicina realizasen prácticas con él. El cadáver de Albert acabó flotando en una piscina de formol, de la que salía de vez en cuando para que unos cuantos estudiantes le abrieran en canal y metieran mano dentro de sus maltrechas entrañas.

Además del vómito, del charco de sangre y de su contribución involuntaria a la ciencia, Albert dejó un hijo en este mundo: Albert Toole Jr.

Albert Toole Jr. nació fruto de la relación con una prostituta de origen español a la que Albert padre chuleó durante una temporada, hasta que ella decidió abandonar a ambos Albert, cansada de que Albert padre le robase todo su dinero, le fuese infiel y le pusiese la mano encima en alguna que otra ocasión. El pequeño Albert contaba con diez años. Sufrió por dejar al chico en manos de aquel cerdo hijo de puta, pero ella no podía hacerse cargo de él y la vida que hubiese llevado a su lado no habría sido mucho mejor que la que le esperaba.

Una mañana, mientras Albert Toole dormía la resaca de la noche anterior, recogió sus cosas y se largó sin mirar atrás. Pasaron dos días hasta que él la echó en falta. Albert hijo la odió para siempre por haberlo dejado allí, tirado con aquel cabrón al que le costaba llamar papá. A él era imposible que lo pudiese odiar más de lo que ya lo hacía.

2

El pequeño de los Albert nació en un ambiente poco propicio para ser una persona de provecho; cualquiera hubiese apostado por que en un plazo breve de tiempo se habría convertido en un delincuente de poca monta o en cualquier cosa peor. Eso si no acababa muerto en alguna esquina víctima de una sobredosis. Lejos de eso y contra todo pronóstico, consiguió escapar a un destino que no auguraba nada bueno. Puede que a veces la vida ya tenga previsto un camino para nosotros.

Quiso ser músico y aprendió a tocar la guitarra de manera autodidacta,

practicando noche y día con una Fender que robó junto a un colega en unos grandes almacenes: ese fue su único delito. No lo hacía mal del todo, aunque tampoco se puede decir que fuese un genio. El caso es que a los diecisiete años montó un grupo con unos amigos. Daban algunos conciertos en clubs locales y ganaban algo de dinero tocando versiones de Elvis Presley y Chuck Berry. Entre eso y un trabajo de camarero en un restaurante de comida rápida, que también servía a domicilio, consiguió largarse de casa y perder de vista al borracho de su padre y a todas las putas que frecuentaban su casa. Nunca más supo de él. Mejor dicho: nunca supo de él hasta febrero de 1969. Pero no nos anticipemos a esto.

El grupo de Albert se acabó disolviendo, como era de prever, y Albert, gran aficionado al cine, en el que pasaba buena parte de sus ratos libres, con algunos ahorrillos y gracias a una beca, entró en la escuela de imagen y sonido. Acudía a las clases que le permitía el trabajo y estudiaba duro por las noches. Consiguió terminar sus estudios y salir con el título de técnico en montaje. Para esto, a diferencia de la música, sí que tenía un gran talento y, al poco tiempo de entrar como ayudante de montaje en prácticas en una pequeña productora, acabó siendo primer montador, para pasar poco después a ser un montador de renombre en la cadena más importante de televisión estadounidense.

El tiempo de las borracheras, los suburbios y las neveras vacías con latas de mohó había quedado atrás para Albert Toole Jr. Una vez más el sueño americano se había hecho realidad y había permitido a un chico salido desde lo más profundo de la miseria, con un futuro incierto, labrarse un presente prometedor. Si vales, lo conseguirás: ese era el lema, y la prueba fehaciente de él era Albert Toole Jr.

Richard Nixon tomó posesión del cargo de presidente de EE. UU. el 20 de enero de 1969. Nueve años antes fue derrotado por Kennedy, y en 1962 tampoco consiguió ser gobernador por el estado de California. Parecía que su carrera política estaba acabada. Nadie sabe qué hubiese pasado si Lee Harvey Oswald, o quien leches fuese, no hubiese matado a Kennedy. El caso es que, el 20 de enero de 1969, Nixon se sentó en el sillón de la Casa Blanca, después de haber derrotado entre otros a Ronald Reagan, el actor presidente (aunque esto fue después).

RAMIRO SE PONE EN CONTACTO CON ALBERT TOOLE

1

Ramiro encendió el televisor y se quedó adormilado un momento en el sillón al calor de la manta y soñó, en un sueño recurrente, con Albert Toole arrojándose por el balcón de su casa con una nota de suicidio escrita por él clavada en su pecho. Descendía infinitamente hacia un abismo que nunca llegaba a su fin, mientras se carcajeaba de manera estridente. Ramiro le observaba desde el balcón de su cuarto piso, desesperado, intentando agarrar su mano, a la que ya no le era posible acceder, y gritaba presa del pánico por la inevitable caída contra el asfalto. Se despertó justo cuando estaba a punto de caer al suelo, como suele suceder en la mayoría de este tipo de pesadillas. Tenía el corazón a mil por hora, al borde del infarto, y todo el cuerpo empapado en sudor. Respiró hondo y dio un trago a la botella de agua que tenía a los pies del sillón. Tardó unos minutos en contener su respiración agitada y devolverla a su estado habitual. Apagó el televisor fulminando la imagen de Ana Rosa Quintana, que dicho sea de paso era una mujer que le daba cierto morbo, realizando a José María Aznar un sinfín de preguntas intrascendentes y completamente naif dada la situación política del país.

Necesitaba darse una ducha para apaciguar sus nervios. Introdujo un CD de Mozart en la cadena de música; algo de clásica le vendría bien para relajarse. Subió el volumen casi a tope para poder oírlo desde el baño, donde se tiró un buen rato debajo del grifo del agua caliente.

Allí, con los ojos semicerrados, mientras el agua recorría su cuerpo y el vapor cubría el habitáculo del plato de ducha de vaho, se le apareció de nuevo Ana Rosa Quintana y tuvo una erección parecida a la de la madrugada anterior, pensando que la sodomizaba. Imaginó cómo, al hacerlo, golpeaba violentamente sus nalgas y ella gritaba y le pedía que no parase. Ana Rosa tenía un hermoso culo respingón (según su imaginación, claro), pero con algo de celulitis, cosa que a ojos de Ramiro lo hacía aún más apetecible. Eyaculó prácticamente al instante, imaginando que lo hacía encima de la espalda encorvada de la presentadora. Su semen se confundió con el agua, perdiéndose por el desagüe.

Ramiro era un hombre flacucho, miope, con marcas rojizas en la cara a causa de una varicela mal curada y con aspecto enfermizo. Vamos, alguien bastante poco agraciado físicamente, por lo que sus posibilidades de conquistar a una mujer no eran demasiadas. Esto reducía su vida sexual a un buen puñado de masturbaciones diarias, casi siempre pensando en mujeres maduras que le sacaban al menos quince años de diferencia. Una pequeña perversión, en su opinión tan sana como cualquier otra, y

mucho más que la de otros maníacos que cuelgan fotos de niños por Internet.

El placer de la eyaculación le duró bastante poco, ya que no tardó en aparecérselo de nuevo la imagen de Albert Toole (al menos ese era el nombre que rezaba en el sobre que había dejado repleto de dinero) en su puerta con ese abrigo y esa bufanda negra.

Cerró el grifo, se secó y bajó el volumen del radiocasete. Se puso un ridículo pijama de Walt Disney, que había comprado aprovechando las rebajas, e intentó olvidar de una vez a su misterioso visitante y concentrarse en su novela, *Dionisio*.

Siguiendo la táctica de no contar la historia de un modo lineal, decidió escribir el capítulo en el que Dionisio se despertaba después de haber estado moribundo durante siete días y encontraba los primeros humanos. El despertar de Dionisio le ocupó más de dos tediosas hojas, recargadas y llenas de minuciosos detalles acerca de la vestimenta de los nuevos habitantes y sus nuevos avances tecnológicos respecto al mundo anterior, a una minúscula letra Arial tipo 10 con espacio sencillo. Al comienzo de la tercera hoja, por fin Dionisio abrió sus ojos en un lento despertar en el que se encontró completamente desubicado sin saber qué era lo que había sucedido ni quién era toda esa gente que caminaba a su alrededor sin percatarse de su presencia.

Ahí Ramiro se atascó de nuevo. Releyó lo escrito y lo dio por bueno, exceptuando un par de correcciones que haría más tarde. Empezó un nuevo capítulo: Dionisio se da cuenta después de muchos años de que es un ser superior... ¡Otra vez el puto Albert Toole acudió a su imaginación a mitad del segundo párrafo! Ese cabrón era capaz de haberse volado la puta tapa de los sesos o haberse arrojado a la vía del tren con una jodida nota llena de faltas de ortografía y haciéndole a él responsable, si no de su suicidio, sí de sus incorrecciones gramaticales. Vete tú a saber si la policía no se ponía a indagar y aparecía en su domicilio acusándole de omisión de socorro o de cualquier otra cosa peor.

Apagó el ordenador y se levantó de la incómoda silla de oficina naranja con agujeros decorativos en el respaldo, tipo años setenta, que había comprado en las rebajas de IKEA hacía dos años. Ahí estaba el sobre con su nombre, el número de teléfono y toda esa pasta dentro. Echó un vistazo al dinero y lo cerró. Descolgó el teléfono inalámbrico y marcó. Tres tonos...

—¿Sí?

—Hola, ¿hablo con Albert Toole?

—Sí, soy yo.

—Soy Ramiro Gutiérrez, el redactor. Necesito hablar con usted urgentemente... ¿Puede acudir en una hora a mi domicilio? Ya sabe la dirección.

—En una hora estaré allí.

Albert Toole colgó el teléfono y continuó con lo que estaba haciendo: las maletas. Vaciaba de ropa sus armarios y la dejaba caer, sin molestarse en colocarla ni en doblarla, dentro de dos grandes bolsas de cuero que tenía abiertas en el suelo. Cerró una de las bolsas que ya estaba llena hasta arriba y continuó metiendo ropa, que ahora sacaba de los cajones, en la segunda maleta. Cuando estaba a medio llenar se dirigió a una de las librerías del salón, de la que apartó cuidadosamente unos cuantos libros, o lo que en principio parecían unos libros. Detrás de tres decorativos lomos de una edición de lujo en piel y oro de las obras de Góngora y Quevedo, hábilmente se disimulaba una caja fuerte que abrió con una diminuta llave que colgaba de su llavero. Lo que cogió de dentro eran seis latas metálicas que contenían otros tantos rollos de película en ocho milímetros, con las que volvió al dormitorio. Las camufló entre la ropa que había metido en la segunda de las bolsas y siguió echando más prendas encima: calzoncillos, calcetines, camisetas interiores... Hasta que la hubo llenado por completo. La cerró, cogió ambas bolsas y se largó de allí.

Salió del portal, giró a la derecha, en la siguiente calle a la izquierda, y volvió la vista para cerciorarse de que nadie le seguía. Caminó cincuenta metros más y se detuvo delante de un Audi A4 negro metalizado completamente nuevo, volvió a mirar a un lado y a otro antes de introducirse en el coche: nadie, tan solo una mujer que paseaba un caniche horrible embutido en un jersey de lana a rayas rojas y verdes y con capucha. ¿Por qué coño habrá gente que viste a sus mascotas como humanos?, se preguntó, ¿no se daban cuenta de que la naturaleza había hecho a los perros con pelo para que no pasasen frío? Tiró las bolsas en el asiento trasero y arrancó el motor.

A los cinco minutos notó cómo se le había pegado un Ford Focus blanco. Giró a la derecha después de un semáforo en el que estaban detenidos, el Ford Focus también giró. Aceleró un poco la marcha y volvió a girar de nuevo a la derecha; el Ford Focus imitó sus movimientos. Aquello empezaba a pintar mal. Condujo un buen rato por la ciudad en busca de la A-2. El Ford Focus ya no estaba pegado a él, pero le seguía de cerca, a un coche de distancia. Sin duda eran ellos. Enfiló la autovía dirección norte y aceleró el coche todo lo que pudo cuando se encontró en el carril de aceleración. Entró en la nacional, sin echar un vistazo por el espejo retrovisor izquierdo, a más de 160 kilómetros por hora. Por poco choca con un Hyundai Accent que tuvo que echarse al carril de la izquierda de manera brusca, donde recibió las luces largas de otro coche. Albert no reparó en esto y aceleró su Audi a lo máximo que daba el pedal; el cuentakilómetros del potente coche se puso rápidamente a 220 por hora. Bandeaba de un carril a otro adelantando a todo coche que encontraba frente a él. Miró por el espejo retrovisor: ni rastro del Focus. Condujo otro rato reduciendo un poco la velocidad. De nuevo miró por el espejo: los había perdido de vista.

Condujo tres kilómetros más, para hacer un total de veintisiete por la autovía, y

realizó un cambio de sentido. Al cabo de diez minutos tomaba la primera salida y se introducía de nuevo en la ciudad, ya sin ningún coche sospechoso a sus espaldas. Aun así no bajó la guardia en ningún momento y estuvo vigilando todos los espejos retrovisores hasta que aparcó el coche en un garaje próximo a la casa de Ramiro Gutiérrez.

3

Ramiro colgó el teléfono y ordenó un poco su casa, que estaba hecha unos zorros. Más que por limpieza, por hacer tiempo mientras se pasaba la hora y Albert Toole se presentaba por tercera vez en su domicilio en menos de veinticuatro horas. Cuando estaba nervioso siempre le daba por hacer limpieza: era algo que, al igual que la masturbación, le relajaba bastante.

Aquello desde luego era de locos. No acababa de creerse lo que le había sucedido desde la tarde del día anterior, que prometía ser simplemente la tarde de un aburrido domingo. Estaba a punto de reunirse con un suicida para devolverle el adelanto de un trabajo de redacción (nada menos que quinientos euros) de una absurda nota de despedida.

No tenía muy claro qué leches iba a decirle, intentaría convencerle de que no se suicidase: qué motivo podía tener... O no, a fin de cuentas a él qué carajo le importaba que se quitase la vida un chalado a quien no conocía de nada. Lo único que tenía claro es que no quería saber nada del tema. Le devolvería su pasta y que se olvidase de él para siempre. Había muchos redactores por ahí, seguro que cualquiera estaba dispuesto a realizar ese trabajo, y más por esa cantidad de dinero: gente sin escrúpulos es lo que sobra.

Eso es lo que pensaba decirle, que se olvidase de él. Lo que hiciese después de que hubiese abandonado su casa era problema suyo: si no quería seguir con vida ni un segundo más, allá él.

Miró el reloj, ya había pasado más de una hora y veinte minutos. Lo comprobó mirando en el teléfono las llamadas enviadas. Exactamente una hora y veintitrés minutos desde que la realizó. Quizá se había arrepentido. Retomó de nuevo la idea de que fuese una broma, pero no era posible. Estaba el sobre con el dinero, nadie se deshace de quinientos euros para gastar una broma, por muy graciosa que esta pueda resultar. Además, tampoco se iban a tomar tantas molestias en reírse de un pobre imbécil como él.

—Ring, Ring... —Sonó el timbre de la puerta.

Al regresar a la Tierra, los tres astronautas que pisaron la Luna fueron honrados con un desfile en la ciudad de Nueva York. Armstrong recibió la Medalla de la Libertad, la distinción más importante ofrecida a un civil de los Estados Unidos. Aunque esta no fue la única distinción que recibió, entre otras muchas destacan la Medalla a la Distinción por Servicio de la NASA y la Medalla al Servicio Excepcional de la NASA, además de diecisiete medallas de otras naciones y la Medalla de Honor del Congreso Espacial.

Abandonó la NASA en 1971 y desarrolló su carrera como profesor de Ingeniería Aeroespacial en la Universidad de Cincinnati, donde estuvo hasta 1979.

Neil Armstrong ha sido el más evasivo de la tripulación del Apolo 11, hasta el punto de que solo aparece públicamente cuando se conmemora algún aniversario del viaje a la Luna. Treinta y seis años después de convertirse en el primer ser humano que pisó la Luna, el astronauta estadounidense Neil Armstrong lamentó su notoriedad por considerarla inmerecida, y dijo que la fama le había costado caro a su familia. Actualmente vive en su casa de campo ubicada en Lebanon, Ohio.

ALBERT TOOLE CUENTA SU HISTORIA

1

Ramiro abrió la puerta. Albert Toole entró directamente sin pronunciar una sola palabra.

—Puede pasar —dijo Ramiro con fina ironía, cerrando la puerta detrás de Albert.

—Déjese de estupideces —contestó Albert—. He venido hasta aquí para hablar con usted y no pretenderá que hablemos un tema como este en el rellano.

—Por supuesto que no, pero un «hola, qué tal, buenos días», o algo parecido, tampoco estaría mal por su parte. Después de todo nos hemos visto tres veces en menos de un día, ya casi se puede decir que empezamos a ser amigos.

—Muy bien, ¡hola! ¿Qué tal? Buenos días. ¿Le gusta más así?

—Mucho mejor, dónde va a parar —Ramiro siguió dando muestras de su ironía.

—Pues bien, ahora que ya hemos cumplido con su estúpido protocolo, pasemos al salón y zanjemos este tema cuanto antes. No tengo mucho tiempo que perder. Creí que iba a disponer de más tiempo. Pero ellos se me han adelantado, me han encontrado antes de lo que pensaba y no creo que tarden mucho en acabar conmigo.

—¿Ellos? ¿Se le han adelantado? ¿Pero de qué coño habla? No me diga que los extraterrestres por fin han colonizado la Tierra y quieren apoderarse de su cuerpo y abducirle en una de sus naves. Sin duda usted está peor de lo que yo imaginaba.

—¡Haga el favor de dejar de decir gilipolleces y escúcheme! El tema que tenemos entre manos es muy serio como para andar bromeando.

—¿El tema que tenemos entre manos? Que yo sepa usted y yo no tenemos ningún tema entre manos, exceptuando un sobre que se ha empeñado en darme y que yo no estoy dispuesto a aceptar. De hecho, si le he llamado no es para otra cosa que para devolvérselo y que así podamos dejar de tener temas entre manos.

Ramiro retiró unas cuantas revistas y libros esparcidos al azar en un sillón y le ofreció asiento a Albert Toole. Este se sentó sin quitarse el abrigo ni la bufanda (que dicho sea de paso tampoco es que sobrase) y sin reclinarsse en el respaldo. Se le veía nervioso; miraba a un lado y a otro de la casa.

—Mire —continuó Ramiro—, no tengo ni la menor idea de sus razones para quitarse la vida y, si le soy sincero, le diré que me importan una mierda. Le había hecho venir hasta aquí con el firme propósito de convencerle para que no llevase a cabo esa decisión, pero en este momento lo cierto es que me da exactamente igual lo que usted haga con su vida. Al fin y al cabo yo no tengo ninguna relación con usted: no soy pariente suyo, ni amigo, ni siquiera un mero conocido al que le das los buenos días en el ascensor. Nada, no soy absolutamente nada suyo. Así que haga usted lo que le venga en gana, pero le pido por favor que no me mezcle en sus asuntos y me deje

en paz de una vez. Aquí tiene su sobre con el dinero —extendió el sobre hacia Albert—. Cuéntelo, está todo. Y si me permite que le diga otra cosa, le diré que está usted completamente loco. Loco de remate. Y ahora, si quiere, le puedo ofrecer un café, acabo de poner la cafetera en el fuego y ya estará listo.

—Pues mire, ahora que lo dice —dijo Albert alargando la mano y recogiendo el sobre que Ramiro le había puesto a menos de veinte centímetros—, me apetece ese café, y mientras me lo tomo va usted a escucharme solo unos minutos si es tan amable. Después, una vez conozca mi historia, y con todos los elementos de juicio, admitiré su negativa por respuesta, y le prometo que si sigue siendo firme no volveré a molestarle nunca más.

El tono de Albert Toole era mucho más amable que el que había utilizado en sus anteriores visitas; no tan amable como para poder calificarlo de cordial: seguía conservando su dureza y esa franqueza acompañada de numerosas pausas que lo hacían, si cabe, más solemne. Pero había rebajado su grosería y se podría considerar como aceptablemente respetuoso.

—Está bien —contestó Ramiro—. Me tomaré ese café con usted. El último café. Y no me entienda mal, no trato de hacer un chiste macabro. Simplemente me refiero a que será el último y el primer café que usted y yo tomemos juntos. Independientemente de si decide seguir en este mundo o decide abandonarlo. En todo caso, haga lo que haga, se tendrá usted que tomar los cafés solo o en compañía de otra persona, porque, créame, yo ya he tenido bastante.

Sus últimas palabras ya las pronunció camino de la cocina. El café ya estaba listo. Ramiro sacó dos tazas del armario con el anagrama de la cerveza Guinness, un recuerdo de cuando viajó a Irlanda para visitar los sitios que Joyce recorrió para escribir el *Ulises* y *Dublinenses* (era un auténtico fanático de la literatura de James Joyce), y las colocó encima de una bandeja junto con el café, el azucarero y un tarro con leche, que no era más que una jarra de plástico que había comprado en la tienda de chinos de la esquina, y que en ocasiones hacía las veces de jarra de agua y en ocasiones de calientaleches. Apareció de nuevo en el salón y posó la bandeja encima de la mesa. Realmente la escena tenía un cierto aire cómico: Albert Toole, serio y elegantemente vestido, como si de un empresario o un importante hombre de negocios se tratase, y Ramiro con su pijama del Pato Donald y Mickey Mouse. Desde luego era bastante ridículo.

—Sírvase usted mismo y empiece cuanto antes con su historia. Cuanto antes terminemos con esto, mejor para los dos. Usted podrá volver a sus cosas, planear su suicidio, por ejemplo, si es que no lo ha hecho ya, y yo a las mías.

Ramiro se sirvió un café solo con una cucharada de azúcar. Le gustaba fuerte, o mejor dicho, creía que era propio de los escritores tomar el café fuerte, porque la verdad es que a él el café, además de no gustarle, le producía dolor de estómago. Y

Albert llenó media taza de café y otra media de leche y le puso cuatro cucharadas de azúcar.

—Tenga seguro que si no se mata usted antes, lo hará una diabetes —bromeó Ramiro, que no había visto nunca a nadie abusar tanto del azúcar.

Removió lentamente con la cuchara ante la mirada atenta de Ramiro, que se estaba empezando a poner nervioso con tanta parsimonia. Por fin, comenzó a hablar.

2

—Mi nombre es Albert Toole, como ya habrá deducido por el sobre que le entregué con el dinero y que ahora usted rechaza de manera precipitada —dijo señalando el frontal del sobre donde estaba escrito su nombre a mano—. Para ser más exactos, le diré que mi nombre es Albert Toole Jr., ya que mi padre se llamaba también Albert Toole. En España, aunque padre e hijo se llamen del mismo modo, costumbre que siempre me ha parecido horrorosa, no se hace ninguna diferencia, pero en Estados Unidos sí suele hacerse. Así sucede que con más de sesenta años uno sigue siendo junior.

Nací en Nueva York, en el barrio de Brooklyn, no sé si lo habrá notado en mi acento. Ya llevo muchos años viviendo en este país y aunque hablo el idioma perfectamente, y apenas lo conservo, todavía tengo un cierto deje: es así como lo llaman ustedes, ¿verdad?

Nací en Estados Unidos, pero tampoco puede decirse que sea totalmente americano, ni que este país, me refiero a España, me sea del todo ajeno, y no solo por los años de estancia en él. Mi madre era española de nacimiento... De oficio prostituta, puta, si lo prefiere —Ramiro puso cara de sorpresa, pero no dijo una sola palabra y siguió escuchando atentamente—. El oficio de mi padre no se lo puedo decir, no porque no lo sepa, sino porque no tenía ninguno, a no ser que se considere un oficio el de alcohólico, proxeneta o delincuente. Porque eso era lo único que hacía: beber hasta caer completamente borracho y chulearle todo el dinero a mi madre. Hasta que ella un día se hartó y nos abandonó para siempre, cosa que no le reprocho. Mi padre siguió bebiendo aún más si cabe y chuleando a otras putas del barrio. En fin, tampoco tiene mucho más sentido alargar este episodio, creo que ya sabe a qué me refiero. A fin de cuentas no deja de ser la típica historia de cualquier chaval marginado en cualquier barrio pobre de cualquier ciudad. Supongo que sabe de qué le hablo y si no, puede imaginárselo a poco que haga un esfuerzo...

Aun así conseguí salir de allí. Conseguí salir de Brooklyn y conseguí salir de esa vida de miseria y abandono que mi destino me había marcado. Al menos eso era lo que yo creía. Pero por mucho que uno huya, el destino corre más rápido que tú y tarde o temprano acaba por alcanzarte.

Dejé mi casa y a mi padre una mañana calurosa de verano, el día 17 de agosto de 1960. Era mi cumpleaños. Como supongo que ya habrá deducido, no me esperaba ningún regalo al despertarme ni ninguna tarta con velas encima para soplar todos juntos cantando el *happy birthday*. Así que decidí yo mismo hacerme un regalo: largarme de allí para siempre. Le he dicho antes que dejé a mi padre: es simplemente un modo de hablar. En realidad, llevaba más de cinco días sin verle, y tampoco creo que le importase mucho mi ausencia cuando regresase, si es que lo hizo. Ni siquiera creo que reparase en ella hasta pasado un tiempo, probablemente meses, cuando no tuviese un dólar con el que comprar una botella de *whisky* o *vodka* y rebuscase en mi cartera para robarme algo de dinero.

Conseguí un trabajo basura en un restaurante de comida rápida y con eso me pagué una buhardilla, en un barrio aún peor que el mío, que compartía con otro chico al que no veía mucho, ya que trabajaba de vigilante nocturno en unos grandes almacenes. En realidad era como vivir solo. Desde luego no se puede decir que aquello fuese un lujo, pero le puedo asegurar que era mucho mejor que lo que tenía. Por fin empezaba a disfrutar de mi juventud. Hice algunos amigos. Me gustaba la música, tocaba la guitarra, no se me daba mal del todo, y formamos un grupo entre unos cuantos. Dábamos algunos conciertos en pequeños clubs de la ciudad. Ganábamos algo de dinero, no mucho. La mayoría nos lo gastábamos en cerveza y en algo de marihuana. En realidad, todo era bastante sano y nunca se nos iba de las manos; éramos buena gente. Incluso una casa discográfica se interesó por nosotros y estuvimos a punto de grabar un disco, de verdad. Fueron buenos años, los mejores años de mi vida, probablemente. A veces, cuando echo la vista atrás, creo que solo entonces se puede decir que fuera verdaderamente feliz. Después ha habido otros momentos concretos, pero feliz... Creo que nunca lo he sido, solo entonces.

Conocí una chica, salimos juntos un tiempo y hacíamos el amor (hasta ese momento yo creía que para hacer el amor había que pagar). Íbamos a conciertos, al teatro, al cine, andábamos por ahí, no sé, lo que hace cualquier adolescente... En fin, aquello se acabó, la gente empezó a hacer sus cosas y dejamos el grupo. El trabajo, las mujeres, los estudios, todas esas cosas que suelen separar a las personas. Nos empezamos a hacer mayores. Se acabó el grupo y se acabó la chica. Las dos cosas me dolieron, supongo que lo de la chica mucho más.

Yo también tenía que hacer algo, buscarme alguna cosa. No podía pensar en trabajar toda la vida en un restaurante de comida rápida. Aquello estaba muy bien para una temporada, pero desde luego no era un futuro, al menos no era un futuro digno. Y si algo tenía claro es que no quería acabar como mi padre. Tenía ahorrado un dinerillo, poco, pero lo suficiente para pagarme los estudios en una academia de cine. El cine me interesaba mucho, era la nueva manifestación artística, pensaba que iba a revolucionar el futuro del arte. Aún me lo parece.

Trabajaba y estudiaba. Me encantaba lo que aprendía allí, para mí no resultaba ningún esfuerzo compatibilizar ambas cosas. Deseaba salir del trabajo para ponerme a estudiar o asistir a clase. Llegaba rendido, pero no me importaba, dormía a ratos, cuando podía. Aquello se me daba bien, estaba convencido de que quería trabajar en ello, de lo que fuese: cámara, realizador, director, guionista..., aunque fuese llevando cables. Había descubierto mi verdadera vocación.

Terminé el curso y en poco tiempo encontré trabajo como montador en una televisión local. Era bueno, muy bueno, créame. Y además tenía ganas. La televisión empezaba a desarrollarse, era algo desconocido para todos nosotros. Todos éramos gente joven y con muchas ganas. Si eras bueno era fácil abrirse camino, y yo lo era. En poco tiempo pasé a trabajar para una televisión estatal y luego para una nacional. Con apenas veinticuatro años era uno de los mejores montadores. El montaje era todo un arte, no como ahora con los formatos digitales. Ahora cualquiera puede dedicarse a ello. En aquellos tiempos era completamente manual, se montaba en moviolas, cortando y pegando fotogramas con precisión de relojero. Era un auténtico lujo para el equipo contar con un montador que supiese lo que hacía, y yo estaba bastante considerado en el mundillo; gozaba de cierta fama y, por supuesto, ganaba dinero. No gran cosa, tampoco se vaya usted a creer, pero desde luego mucho más del que nunca hubiese imaginado que podría ganar cuando vivía en Brooklyn. Esos tiempos habían quedado atrás, ahora vivía en pleno corazón de Manhattan. Ya ni siquiera me acordaba del barrio, de mi padre, de todas las prostitutas desfilando por casa y de las botellas de *whisky* barato debajo de la cama. Excepto en momentos concretos. En realidad no había pasado mucho tiempo, poco más de siete años, pero olvidarlo fue fácil. Me fue fácil adaptarme a mi nueva vida. De hecho nunca hablaba con nadie de mi pasado. Si alguien me preguntaba o inevitablemente surgía en alguna conversación, me inventaba que era huérfano, que mis padres habían muerto en un accidente de tráfico cuando yo era pequeño y que me crié con una tía soltera que murió de cáncer cuando yo tenía diecinueve años. No me sentía mal, ni mucho menos. Tampoco consideraba que aquello fuese una mentira. Mi madre desapareció cuando yo era un niño. No se podía decir que hubiese tenido nunca un padre de verdad. Creo que entre eso y que tus padres hayan muerto sin que tú apenas te acuerdes de ellos, no hay mucha diferencia. Lo de la tía, claro que era mentira, pero qué iba a decir.

Las cosas funcionaban bien: un buen trabajo, un buen sueldo, un bonito apartamento en el que de vez en cuando dormía alguna mujer... Desde luego no podía quejarme. Y no lo hacía. Pero todo empezó a torcerse a finales del invierno de 1969.

El 3 de febrero de 1969 fue un día horrible, lluvioso como pocos. En Nueva York la lluvia puede resultar bastante incómoda, más que en cualquier otro lugar. Llegué a

casa empapado después del trabajo. No había podido conseguir un taxi a la salida del estudio y tuve que cruzar siete manzanas a pie hasta mi casa. Pero no me importaba. Charline me esperaba en casa con la cena preparada. Llevaba con ella un mes; no estaba enamorado, pero sí me sentía bastante atraído. Un mes era mucho más de lo que había durado con cualquier otra. Además tenía un culo de escándalo y follaba como Dios, si es que Dios ha follado alguna vez. Aquello sí que era follar.

Me desnudé en la entrada para no poner todo perdido de agua; pensaba saludar a Charline e irme directo a la ducha. Pero allí estaba ella, con esos pantaloncitos cortos y ese culito del que antes le he hablado, adivinándose tras ellos. La cogí y empecé a hacerle el amor allí mismo, en el suelo del salón.

(A estas alturas, Ramiro estaba completamente metido en la historia de Albert Toole y sufrió una erección imaginando el culo de Charline, a la que supuso parecida a Angelina Jolie, alguien con quien se pajeaba en cuanto salía en la pantalla, fuese o no la película erótica.)

Cuando tenía mi cabeza metida entre sus muslos —continuó Albert Toole—, sonó el teléfono. Sobra decir que ni me molesté en cogerlo. Pero después de cinco tonos saltó el contestador: «Este es un mensaje del Gobierno para Albert Toole relacionado con su padre; póngase en contacto con nosotros en cuanto oiga el mensaje en este número de teléfono (Albert se ahorró el número), a cualquier hora del día, es muy importante».

3

—A Charline le dije que aquello debía de ser un error. Ella, al igual que el resto de mis amistades y conocidos, pensaba que mis padres habían muerto en un accidente de tráfico. Yo, evidentemente, sabía que no era un error y tenía una mala corazonada. Sentía que mi pasado retornaba al presente y no para traer nada bueno, un fastidioso pasado del que parecía que no podría escapar nunca.

Charline insistió para que llamase y aclarase la confusión, pero le dije que no se preocupase, que ya lo haría más tarde: teníamos cosas más importantes que hacer en ese momento. Le hice el amor de nuevo. Por supuesto, me apetecía follar con ella a todas horas, ¿a quién no le iba a apetecer con una mujer como ella? Pero también lo hice para distraer su atención y que se olvidara de aquella llamada. Después de terminar, nos quedamos tumbados en la cama y ella se quedó dormida entre mis brazos, contándome no sé qué cosa que le había sucedido ese día al coger el autobús con una señora que quería entrar en él con un loro; en Nueva York hay gente muy rara.

Me levanté con sumo cuidado para no despertarla y me llevé el teléfono a la cocina. Cerré la puerta y marqué el número.

—¿Sí? —contestaron al otro lado de la línea.

—Soy Albert Toole; me han llamado hace un rato por un asunto relacionado con mi padre, me gustaría saber de qué se trata.

—Muchas gracias por atender nuestra llamada, señor Toole. Efectivamente, su padre está en un verdadero aprieto y solo usted puede sacarle de él. Pero es un asunto bastante peliagudo como para tratarlo por teléfono, ya me comprende. Le agradecería que si tuviese a mano papel y lápiz tomase nota de esta dirección para concertar una cita con nosotros, allí le aclararemos todos los detalles.

—¿Pero no puede adelantarme algo?

—De verdad que no, señor Toole. Entiéndalo, hay temas que son difíciles de tratar por teléfono y este es uno de ellos. Tome nota si es tan amable —me facilitó una dirección—. Si le parece bien podríamos vernos mañana sobre las cinco de la tarde. ¿Le va bien?

—Sí, me va bien. ¿Por quién debo preguntar?

—No se preocupe. Simplemente dé su nombre en la entrada, enseguida acudirá alguien que se encargará de atenderle.

—De acuerdo, mañana a las cinco estaré allí.

—Gracias de nuevo, señor Toole.

—Colgué el teléfono y volví con él al dormitorio. Charline todavía seguía durmiendo. Me tumbé a su lado y encendí la televisión con el volumen apagado para no despertarla, y también porque me divertía imaginar lo que decían los personajes que aparecían en la pantalla. Lo hacía también cuando estaba solo. Pero ese día no estaba muy imaginativo, que se diga. No dejaba de pensar en mi padre y en la cita del día siguiente. ¿Qué pasaría con aquel cabrón? ¡Y por qué coño había de mezclarme en sus putos asuntos! ¡Joder, a veces había pensado que a estas alturas ya habría muerto en cualquier calle, fruto de una intoxicación etílica! Desgraciadamente eso sería años más tarde. Me había marchado de Brooklyn con la firme decisión de perderle de vista para siempre, pero parecía que no iba a ser posible.

Al cabo de una hora de darle vueltas a la cabeza, me quedé dormido, rendido por mis pensamientos, que no me aventuraban nada bueno. A las tres de la madrugada noté cómo una mano se deslizaba por mi entrepierna hasta llegar a mi pene...

(Ramiro no acababa de entender tanto erotismo en aquella historia. Él apenas había echado tres polvos en su vida y aquel tipo ya llevaba los mismos en tan solo diez minutos de narración. Se estaba poniendo verdaderamente cachondo con la tal Charline, a la que ni siquiera conocía de nada, pero que debía de ser una auténtica leona. Estuvo tentado de decirle a Albert que esperase un poco para continuar con su historia, pues tenía que acudir al baño a cagar y hacerse una paja rápida. Ramiro era un pajillero insaciable. No lo hizo y le dejó proseguir sin ninguna interrupción.)

—... Era Charline con ganas de hacer de nuevo el amor. Fue uno de los mejores

polvos de mi vida, todavía me acuerdo de él treinta y cuatro años después. Caímos exhaustos y nos volvimos a quedar dormidos hasta que sonó el despertador para ir a trabajar.

Al día siguiente, en el trabajo casi no rendí, estuve todo el tiempo pensando en la cita que me esperaba por la tarde. Era como si un fantasma hubiese aparecido en mi vida y arrastrase de su tobillo una gran cadena de mierda que iba a acabar desplomándose sobre mi cabeza en cualquier instante.

Me citaron en un elegante edificio ministerial. Di mi nombre a la chica de recepción y me invitó amablemente a esperar en uno de los sillones de cuero que había en el *hall*. Descolgó un teléfono.

—*Albert Toole está aquí* —advirtió.

—*Enseguida le atienden* —dijo volviéndose a mí.

—*Gracias.*

—Verdaderamente estaba nervioso, deseoso por saber de qué iba todo aquello. Cogí una revista apoyada en una mesa de cristal y pasé las hojas una tras otra sin prestar mucha atención a lo que veía. A los pocos minutos apareció un hombre de unos cuarenta y cinco años, vestido con un traje oscuro impoluto, que se presentó como Henry Braxton y me invitó a que le acompañase a su despacho. Subimos hasta la segunda planta sin mediar palabra y entramos en una sala al final del pasillo en la que esperaban dos tipos más, sentados en una mesa redonda.

—*Tome asiento si es tan amable* —me indicó Henry Braxton.

Junto con Kissinger, Nixon redefinió el papel de EE. UU. en la guerra de Vietnam y se realizó la retirada gradual de los quinientos mil soldados que combatían en Vietnam del Sur, aunque se prolongó durante cuatro años. Su mayor logro fue su aproximación y apertura de relaciones con la República Popular de China. Nixon también viajó a Moscú para negociar el primer paso para un acuerdo sobre limitación de armas estratégicas. En Oriente Próximo, estableció relaciones con Egipto manteniendo los compromisos con Israel.

El 7 de noviembre de 1972 Nixon obtuvo una de las victorias más aplastantes de la historia electoral norteamericana y fue reelegido presidente. La alegría duró poco. Meses antes, el 17 de junio de 1972, se había producido el allanamiento de la sede central del Partido Demócrata en el edificio de oficinas Watergate, con el fin de realizar escuchas ilegales, por hombres contratados por algunos colaboradores del presidente. En marzo de 1974, el Gran Jurado Federal consideró al presidente copartícipe, sin cargos formales, en una conspiración para obstruir la acción de la justicia en la investigación del escándalo Watergate. En la tarde del 8 de agosto, Nixon anunció su dimisión. El 9 de agosto Gerald Ford prestaba juramento del cargo.

Richard Nixon falleció el 22 de abril de 1994. Con él el hombre puso el pie en la Luna y con él regresaron derrotadas las tropas de Vietnam; la mayoría de los soldados quedaron locos, mutilados o traumatizados. Muchos de ellos mendigan las calles completamente alcoholizados. EE. UU. nunca se ha recuperado de la derrota en una guerra absurda contra un país en vías de desarrollo. Todavía hoy el escándalo Watergate sigue generando polémica.

CONTINÚA LA HISTORIA DE ALBERT TOOLE

—Henry Braxton se presentó como la mano derecha del secretario general del Estado, hablaba en su nombre; más aún, me dijo, en nombre del propio presidente de los EE. UU., Richard Nixon. Los otros dos presentes, que apenas intervinieron en la conversación y cuyos sus nombres no recuerdo, eran agentes de la CIA.

Me preguntó si deseaba algo de beber: café, *whisky*, coca-cola, limonada...

—*Agua estaría bien.*

Me contaron todo lo que ellos sabían de mí, que era más de lo que yo mismo sabía. Yo no abría la boca y simplemente me limitaba a escuchar al tal Henry Braxton a la espera de acontecimientos. Él, en cada frase, en cada palabra, en cada pausa, observaba mi cara, mis gestos, me escrutaba minuciosamente.

Por fin abordó el tema de mi padre. Sin tapujos, sin rodeos, de un modo directo, algo que contrastaba con ese otro tono lleno de circunloquios que había utilizado antes para describir la crudeza de mi infancia y lo pronto que había tenido que aprender a ganarme la vida solo. Era increíble todo lo que conocían acerca de mi vida.

—*Esta es la situación, señor Toole —dijo—. Su padre, del que deduzco que usted no sabe nada desde hace algún tiempo —más que deducirlo, estaba completamente seguro de ello—, lleva más de siete años en la cárcel. Siete años que es muy probable que se conviertan en el resto de su vida, si usted no lo remedia —fijó su mirada en mí unos segundos—. Mató al dueño de una licorería con un revólver, disparándole en plena cara: ¡BANG! —hizo un gesto teatral con el dedo índice imitando una pistola—. Le voló la tapa de los sesos. Le disparó a menos de un metro de distancia. Cuando llegó la policía aquello parecía una auténtica casquería. Las fotos no le ayudaron mucho en el juicio. Es cierto que el hispano también le apuntaba con una pistola, pero aun así le cayó cadena perpetua. Toda su puta vida encerrado entre rejas. ¿Qué le parece?*

Sinceramente no supe qué contestarle. Todo aquello me tenía aturrido. Desde que me había marchado de mi casa, hacía ya unos años, no había tenido ninguna noticia de mi padre, ni quería tenerla, me importaba un comino lo que hubiese sido de él. Y de pronto suena el teléfono y resulta que el Gobierno y la CIA se ponen en contacto conmigo para informarme de que mi padre se ha cargado a un dependiente de una licorería y que va a estar en chirona hasta que se pudra. ¿Qué coño quería que me pareciese? En primer lugar me dio pena por el viejo: ¡Qué leches, no dejaba de ser mi padre! En segundo lugar me sorprendí: nunca hubiese pensado que sería capaz de llegar a tanto. En tercer lugar también me alegré, a fin de cuentas había sido un hijo

de puta conmigo; y para acabar, y en último lugar, no entendía qué cojones podía tener que ver yo en todo aquello y sobre todo qué podía hacer por él. Henry Braxton había dicho en un momento de su discurso: si usted no lo remedia.

—No sé qué me parece, sinceramente —le contesté—. Para empezar le diré que no entiendo nada, no entiendo qué hago aquí. Supongo que no me habrán llamado simplemente para informarme de que mi padre se encuentra en la cárcel por haberse cargado a un tío. En la cárcel hay muchos asesinos y no creo que el secretario general del Estado o su número dos, hablando en nombre del propio presidente Nixon, reúnan a sus familias para informarles de la situación. Así que, con honestidad, lo único que me parece es que falta la segunda parte de la historia y que ahí es donde entro yo. Entonces, si es así, le pediría que pasemos a esa segunda parte cuanto antes y acabemos con esta farsa y le podré contestar qué es lo que me parece.

—Es usted un chico listo, señor. Toole. Por supuesto que hay una segunda parte. Pero tranquilo, todo llegará. No se anticipe a las cosas. Entiendo su impaciencia y entiendo el shock que le ha podido producir recibir una noticia como esta, pero todo a su debido tiempo. Quizá sea ahora el momento de tomar ese whisky.

—No, gracias.

—Bien, como quiera... Antes de nada le diré que aunque usted no sea capaz de verlo en este momento, estoy seguro de que llegaremos a un acuerdo muy interesante para todos y de que saldrá muy contento de esta sala. No crea que solo estamos aquí para dar malas noticias. No nos gusta dar malas noticias. No es algo grato, créame. Pero es nuestro trabajo y aunque rara vez es agradable, en ocasiones sí que lo es. Por eso hoy estoy realmente contento, porque en el fondo la noticia que tengo que darle es una muy buena noticia. Pero antes de que lleguemos a esa parte quiero que vea usted algo.

Hizo una seña con su dedo índice y uno de los dos agentes de la CIA desplegó una pantalla gigante que había en la pared y puso en marcha un proyector.

—Quiero que observe esta grabación atentamente —continuó Henry Braxton—. Después hablamos.

5

Ramiro se puso otro café y ofreció otro a Albert, que rechazó con un gesto de su mano mientras continuaba con la historia.

—Las luces se apagaron y comenzó la filmación como si se tratase de un cine. Observé atentamente la pantalla y sin entender qué tenían que ver todas esas imágenes que aparecían en ella con mi padre y conmigo.

La cinta arrancaba con el muro de Berlín y posteriormente alternaba imágenes

opresoras del régimen comunista con otras bélicas, misiles, laboratorios, etc., para acabar con el discurso de lo que supuse era un líder comunista (yo no estaba nada puesto en política), donde anunciaba el triunfo del Partido Comunista en numerosos países como la única solución para la salvación del planeta.

La cinta terminó y todos permanecemos en silencio a oscuras unos segundos, que a mí me parecieron horas, hasta que por fin Henry Braxton se levantó y encendió las luces dando por concluida la sesión.

—Y bien, ¿qué le ha parecido? —preguntó mirándome fijamente.

Tardé unos instantes en responder. Lo único que deseaba es que todo acabase de una vez y me explicase qué era lo que estaba haciendo allí, sin más dilaciones ni fuegos de artificio.

—¿Cómo que qué me ha parecido? —dije—. No sé qué quiere que le conteste. No me ha parecido nada. ¿Qué es lo que ha de parecerme? Recibo una llamada en mi casa en la que la CIA me cita en un edificio oficial para hablarme acerca de mi padre. Cuando llego aquí me recibe usted, en nombre del propio presidente, y me cuenta que mi padre está en la cárcel cumpliendo una condena por asesinato y que yo soy el único que puede ayudarle, pero no me explica cómo. En vez de eso, me planta una película de comunistas, cohetes y discursos políticos y me pregunta que qué me parece. Sinceramente, se me están pasando muchas cosas por la cabeza que podrían contestar a su pregunta, pero no creo que usted quiera oírlas, ni siquiera que sea bueno para mí expresarlas. Lo único que le pediría por favor es que acabemos ya de una vez con esta pantomima y me diga qué es lo que pasa y qué es lo que quieren de mí. Se lo pido por favor.

—Está bien, señor Toole —me dijo Braxton—. Yo esperaba que lo comprendiese usted solo, por sus propios medios, pero veo que es una persona impaciente y que hoy se ha levantado con pocas ganas de utilizar la parte gris de su cerebro. Así que abreviaremos esto, yo soy el primero que quiero irme a casa cuanto antes, sabe, tengo mujer e hijos a los que no veo muy a menudo.

Antes de nada he de decirle que una vez que le explique qué es lo que queremos de usted ya no habrá marcha atrás, no existe otra posibilidad que la de colaborar con nosotros. Es decir, yo simplemente le explico y usted pregunta las dudas que tenga al respecto. Usted ha elegido la opción rápida, y la opción rápida no tiene vuelta atrás. Esto, en ningún caso, quiere decir que el Gobierno no sepa ser generoso con usted y por extensión con su padre, que lo será y mucho, créame, para eso estamos aquí. Lo único que quiero decirle es que al Gobierno no le gustan los ciudadanos que no saben agradecer su generosidad. De todos modos es una tontería, señor Toole, que yo le diga esto, pues nosotros estamos completamente convencidos de que usted no es una de esas personas, por eso nos hemos puesto en contacto con usted, porque sabemos que es una persona agradecida, a la que le ha costado mucho

abandonar una vida marginal y hacerse con una vida digna, que no estará dispuesto a perder. Más aún, no estará dispuesto a rechazar la posibilidad de mejorarla y de paso ayudar a su país. Porque usted ama a su país, ¿verdad, señor Toole?

Si he de ser sincero —continuó Albert sin mirar a Ramiro—, el giro que habían dado sus palabras me asustó muchísimo y ya no fui capaz de interrumpirle hasta que acabó. No sabía qué es lo que podrían ellos esperar de alguien como yo, aunque en el fondo esto era lo de menos, lo que más me preocupaba era eso de la marcha atrás. No había posibilidad de marcha atrás. ¿Qué había querido decir exactamente? O colaboras con nosotros, sea lo que sea, o te hacemos desaparecer de esta habitación y por lo tanto del mundo y nadie vuelve a saber nunca más de ti. En el fondo, ¿cuántas personas sabían que me encontraba allí en ese momento? Ninguna. Bueno, estaba Charline, aunque tampoco sabía que estaba allí. Pero sí que sabía lo de la llamada, y además el mensaje estaba grabado en el contestador. Pero realmente aquello qué leches les importaba a ellos. Si me hacían desaparecer a mí, cómo no iban a hacer desaparecer un simple mensaje en un contestador o a la propia Charline. Ni siquiera tenían por qué cargarse a Charline, ellos eran la CIA. ¿Qué caso le iban a hacer a Charline en cualquier comisaría de Manhattan? Esa denuncia nunca llegaría a ningún lado. Temí por ella. Estaba completamente aterrado, deseando que aquello simplemente fuese un mal sueño del que de un momento a otro fuese a despertar.

En 1969 el mundo estaba dividido en dos, metafórica y físicamente: el eje occidental y el eje oriental o comunista. Los que estaban a un lado del muro y los que estaban al otro lado. Ambos se miraban de reojo y con cautela.

Ninguno se metía con el otro, al menos no de una manera directa. Sin embargo, ambos bloques vivían bajo la amenaza constante del otro bloque. ¿Una amenaza real? ¿Una amenaza imaginaria? Una amenaza al fin y al cabo. Es lo que se ha denominado en la historia Guerra Fría. No había muertos, no había disparos, no había combates, no había batalla en sentido estricto, pero eso no quiere decir que no hubiese guerra. Había miedo, mucho, y eso es más que suficiente para hablar de guerra. A veces los disparos no son necesarios para asustar a alguien: basta con que el otro sienta que una pistola le apunta por la espalda o que camine en una noche oscura sin saber quién está detrás de cualquier esquina. Simplemente esta sensación puede volver loco a cualquiera.

Trasladada a las relaciones internacionales, esto es lo que sentían ambos bloques. Ambos sentían la respiración del otro en su nuca y, por lo tanto, sentían una necesidad imperiosa de defenderse de un posible ataque. Comenzó una carrera sin fin para armarse contra el enemigo. Un enemigo difuso pero real. Ambos comenzaron a acumular un arsenal de armas, que ponían en conocimiento del otro con hábiles campañas publicitarias, incluso se empezó a especular con la bomba atómica. Esto ha dado lugar a toda una gran literatura sobre espías y contraespías (se realizaron unas cuantas películas del tema, entre ellas Cortina rasgada, de Alfred Hitchcock), que no fue solo literatura.

Los máximos representantes de estos dos bloques fueron EE. UU. por parte del eje occidental y la antigua URSS por parte del eje oriental.

ALBERT TOOLE LLEGA A UN ACUERDO CON EL GOBIERNO

1

—En realidad —continuó Braxton—, si lo piensa usted bien, lo que queremos que haga por nosotros no es nada comparado con lo que nosotros le estamos ofreciendo a usted. Lo que nosotros le ofrecemos a usted, señor Toole, es sencillamente la libertad de su padre sin ningún tipo de cargos. Libre, absolutamente libre. Además, por supuesto, nos hacemos cargo de la situación en la que saldrá cuando obtenga la libertad y de lo difícil que le será conseguir un trabajo, por lo tanto también estaríamos dispuestos a ayudarlo con una pequeña aportación económica para que pueda empezar a rehacer su vida. Como ve, no está nada mal para alguien que no ha dudado en apretar el gatillo contra otro ser humano para robar un puñado de dólares.

Pero nuestra generosidad no acaba ahí, señor Toole. Hasta ahora solo he hablado de su padre, pero no crea que en ningún caso nos hemos olvidado de usted. Usted, señor Toole, después de realizar un pequeño trabajo para nosotros, que no dude le pagaremos con una suma mucho mayor de lo que pueda imaginar, podrá elegir trabajar en la empresa que a usted más le guste: televisión nacional, productora cinematográfica... O por qué no, su propia productora. Nosotros correríamos con todos los gastos. Eso si es que quiere usted seguir trabajando, porque si no es así, el Gobierno le ofrece una jubilación anticipada. Un sueldo vitalicio que en la actualidad sería de doce mil dólares anuales y que sería revisado cada año.

—¡Había dicho doce mil dólares! —le indicó Toole a Ramiro—. ¡Nada menos que doce mil dólares de 1969! ¡Una auténtica fortuna! Y continuó diciéndome:

—¿Cuántos años tiene usted, señor Toole? ¿Veinticinco? ¿Menos? Seguro que menos de treinta. No está nada mal, ¿verdad? Poder jubilarse antes de los treinta años y hacer lo que le venga en gana. Sin obligaciones, sin tener que aguantar a ningún jefe todo el día detrás dando órdenes, sin incómodos despertadores sonando de madrugada. Marcharse a una isla paradisíaca rodeado de mulatas en bikini que le untan la espalda de crema, tomar cócteles hechos a base de zumos naturales... Suena bien, ¿verdad?

He de decirle, señor Toole, que yo no tengo esa suerte y que ahora mismo le envidio. No me importaría que cambiásemos los papeles y que yo fuese el que estuviese sentado en su silla y usted estuviese frente a mí ofreciéndome todo esto.

Y a cambio, ¿qué le pedimos nosotros a usted, señor Toole? Muy poca cosa en comparación con todo lo que estamos poniendo a su disposición. Si hubiese prestado

atención a la grabación, hubiese visto que los rusos nos están pisando los talones en la lucha armamentística y en la carrera espacial. Nosotros, y creo que usted estará de acuerdo, no podemos dejar que los rusos nos tomen la delantera. ¿O acaso usted quiere vivir en un mundo gobernado por los comunistas? ¿Quiere que sus futuros hijos crezcan en un mundo sin oportunidades, donde a todo el mundo se le obligue a vestir igual y ni siquiera tenga libertad a la hora de elegir qué refresco quiere tomarse o qué quiere desayunar? Creo que la respuesta es no, señor Toole. Ahora usted tiene la oportunidad de ayudar a su país y a toda la humanidad para que esto no pase, y al mismo tiempo su país tiene la oportunidad de agradecérselo.

—Estaba deseando —Toole levantó los ojos y se dirigió a Ramiro— que terminase de una puta vez toda aquella perorata y me dijese qué coño tenía todo eso que ver conmigo y qué era lo que quería que hiciese. Pero estaba tan asustado que no me atreví a interrumpirle y dejé que continuase.

—Lo único que le pedimos, Albert —Braxton se dirigió a mí por mi nombre de pila y con un tono más familiar—, es que ejerza su profesión para el Gobierno. Que realice el pequeño montaje de una película en el que además tendrá la oportunidad de trabajar con grandes profesionales y aprender mucho. Sabemos que es usted un gran montador, probablemente el mejor, y necesitamos al mejor. ¿Qué le parece, señor Toole? Fácil, ¿verdad? Tampoco le estamos pidiendo nada del otro mundo, nada que no sepa hacer.

—¿Simplemente eso? ¿Simplemente se trata de montar una película para ustedes? —pregunté sorprendido. A esas alturas me esperaba cualquier cosa.

—Nada más que eso. Ve como no era para tanto.

—Bien, pero supongo que no se tratará de cualquier película. ¿De qué trata?

—Por supuesto que no se trata de una película cualquiera, señor Toole. Es la mejor que usted haya montado jamás y todo un reto para un profesional de su talla. Ni más ni menos que la llegada del hombre a la Luna...

No podía dar crédito a lo que estaba oyendo: ¡la llegada del hombre a la Luna! Habían perdido el juicio por completo. Solté una estridente carcajada.

—Perdone que me ría, pero si no he entendido mal, usted quiere rodar la supuesta llegada del hombre a la Luna y tenerlo ahí guardado para enseñárselo a los rusos en un determinado momento.

—No, señor Toole. Nosotros queremos rodar la supuesta llegada del hombre a la Luna y televisarla en un falso directo a nivel mundial.

—¡Joder! Usted está mucho más loco de lo que yo pensaba. Eso es completamente absurdo. ¿Quién va a creer semejante chaladura?

—Todo el mundo, señor Toole, todo el mundo. Para eso hemos contratado a profesionales como usted y vamos a poner a su disposición los mejores medios. No dude que todo el mundo va a creer que el hombre pisará la Luna el 20 de julio de

1969. Tenemos más de cinco meses para prepararlo, y no dude que lo prepararemos, con su ayuda y con la de otros muchos genios, los mejores en su campo.

Me quedé callado unos instantes; Henry Braxton me miraba fijamente esperando una contestación. Realmente aquello no era ninguna broma, hablaba completamente en serio. Los otros dos no habían intervenido prácticamente en toda la conversación, a no ser para bajar la pantalla o poner en marcha el proyector, pero ahora también me miraban fijamente. Finalmente dije:

—Mi padre fuera de la cárcel con una ayuda económica y yo con doce mil dólares anuales, además de una cuantiosa suma de dinero que me permitirá no dar ni palo al agua el resto de mi vida... Está bien, acepto. A fin de cuentas son ustedes los que van a hacer el ridículo delante del mundo.

—Sabía que era un tipo razonable, y sabía que llegaríamos a un acuerdo —dijo ofreciéndome su mano para que la estrechara.

Algunos hoy sostienen que el hombre nunca llegó a la Luna ese 20 de julio de 1969, y que todo fue una farsa de los americanos en su afán de superar a los rusos en la carrera espacial y armamentística. Era la época de la Guerra Fría y del telón de acero. El mundo se dividía en dos: los que estaban a un lado del telón, los comunistas o bloque soviético, y los que estábamos de este otro lado, los occidentales o los defensores de la democracia en contra de los regímenes totalitarios opresores.

Cualquiera puede visitar multitud de páginas en Internet donde se argumenta largo y tendido en contra de lo que muchos han denominado el gran fraude. Parece ser que los defensores de que Armstrong, Aldrin y Collins nunca estuvieron allí basan sus teorías en las fotos e imágenes tomadas, las cuales tienen multitud de fallos donde se puede observar el montaje. Es fácil que alguna vez hayan oído aquello de que la bandera ondea cuando en la Luna no hay atmósfera y, por lo tanto, sería imposible que el aire la zarandease. O las dudas sobre la posición de las sombras, dada la luz solar. O los reflejos en los cascos de los astronautas. Y así una infinidad de cosas más.

Por el contrario, cualquiera puede visitar también multitud de páginas donde se derriban todas estas teorías de la conspiración lunar y se dan respuestas a todos esos aparentes argumentos a favor del trucaje.

ALBERT TOOLE SE DESPIDE

1

—Esto es lo que sucedió, señor Gutiérrez —dijo Albert dirigiéndose a Ramiro—. Lo demás ya lo conocen todos ustedes, es parte de nuestra historia reciente. Armstrong puso el pie en la Luna el 20 de julio de 1969 ante la mirada atónita de millones de espectadores de todo el mundo. En realidad, Armstrong nunca salió del plató de unos estudios de grabación en Florida. Toda una auténtica película de ciencia ficción hecha realidad. Jamás creí que lo pudiesen conseguir, jamás creí que fuese posible que el mundo entero se tragase semejante engaño. Pero lo hicieron, vaya que sí lo hicieron. El mayor fraude de nuestra historia. Sí, señor. Hubo fallos de rodaje, pero nadie se percató de ellos o no quisieron verlo. Todo el mundo estaba deslumbrado, admirado por la capacidad del ser humano. Neil Armstrong materializó los sueños de mucha gente y eso era más que suficiente para creer lo que estaba pasando allí arriba. Ahora hay algunas personas que han analizado las fotos y ponen en duda ciertos aspectos. Pero ¿quién les cree? Simplemente son locos o fantasiosos, o personas con ansias de notoriedad que crean absurdos interrogantes en Internet y en minoritarios programas televisivos. Pero nadie se pregunta por qué si fuimos capaces de subir a la Luna en 1969 no la hemos colonizado más de treinta años después. Apenas subimos un par de veces más, también montajes, por supuesto, créame. ¿No le parece a usted algo increíble? ¿No se ha parado a pensarlo? Si algo distingue a nuestra especie es la curiosidad, las ansias por removerlo todo, por no dejar nada en su sitio. Y sin embargo, no hemos querido regresar a un sitio que supuestamente conquistamos ya hace más de tres décadas: el espacio exterior.

Albert Toole fijó sus ojos en Ramiro. Este se levantó, cogió un paquete de tabaco que había encima de la mesa, encendió un pitillo y ofreció otro a Albert Toole, que rechazó.

2

—Bien —dijo Ramiro—, supongamos por un momento que creo toda esa historia de la Luna y su padre y todas esas conspiraciones políticas en contra de los rusos. La verdad que la historia no suena mal y he de decirle que me ha enganchado: como novelista usted no tendría precio. Pero todo esto qué tiene que ver con el hecho de que haya aparecido en mi casa, y con su suicidio. Porque no se olvide de la cuestión que nos tiene a los dos aquí reunidos: usted se presentó ayer en mi casa con el propósito de que yo le redactase una nota de suicidio por la que me iba a pagar una cantidad desproporcionada de dinero. De hecho, ya me ha dado un adelanto que yo

pretendo devolverle. Así que le agradecería que se dejase de historias del abuelo al calor de la lumbre y fuésemos al grano o, más bien, le agradecería que cogiese su dinero y se largase con sus cuentos de montajes, de cohetes y de extraterrestres a otra parte y me dejase a mí tranquilo, que era como estaba antes de que a usted le diese por irrumpir en mi vida.

—Tiene que ver y mucho, claro que tiene que ver. Usted cree que yo soy un imbécil; claro que no, amigo, no soy ningún imbécil. Ellos me tenían pillado por las pelotas, pero yo no iba a dejar que manipulasen mi vida. Una vez que la CIA y el Gobierno entran en ella y la ponen patas arriba es difícil que vuelva a ser la misma. Aquello era un engaño en toda regla. Un engaño a nivel mundial en todas las dimensiones posibles: política, económica, social... No estamos hablando de timar a un tipo veinte dólares en cualquier esquina con el juego de los trileros, ni de sacar un conejo de una chistera para que todo el público aplauda. Estamos hablando de engañar al mundo entero y a los Gobiernos de todos los estados.

Tenía la impresión de que aquello no iba a acabar allí. La cosa no iba a ser tan fácil como realizar un trabajo, cobrarlo y «adiós muy buenas, llámeme para la próxima ocasión, hemos quedado muy contentos con los servicios prestados». Claro que no. Todos los que estábamos allí metidos teníamos mucha información, información que les podía hacer mucho daño. Sí, es posible que nadie nos fuese a creer. Pero, aun así, la CIA nos iba a vigilar muy de cerca. Un puñado de tipos sueltos por ahí contando la misma historia pueden levantar la liebre.

Tomé mis precauciones, por supuesto que tomé mis precauciones, ya le he dicho antes que no soy gilipollas. Grabé seis rollos de película en ocho milímetros donde se puede ver toda la farsa. Todo, desde el plató donde se montó la superficie lunar, hasta los astronautas disfrazándose con sus trajes y luego quitándoselos para ducharse después de las quince horas de rodaje. Todo, todo: trucos, cortes de plano, instrucciones del director, aplausos y felicitaciones del equipo después de que todo hubiese terminado. Una especie de *making of*, eso es lo que yo grabé en seis intensos rollos de diez minutos de duración cada uno: el *making of* del timo lunar. —Albert Toole revolvió en su maleta y sacó de entre la ropa unas cuantas latas metálicas—. Aquí los tiene. Écheles un vistazo, no le será difícil conseguir un proyector con el que poder hacerlo, yo conozco una tienda aquí cerca donde le pueden alquilar uno. Es posible que después de verlos se despejen todas sus dudas e incredulidades. Es una película muda, pero cuando vea las imágenes se dará cuenta de que no le hace falta ningún sonido. Las cintas hablan por sí solas.

—Le repito de nuevo que no se trata de su historia —dijo Ramiro—. Estoy dispuesto a creérmela a pies juntillas, aunque sinceramente me importa más bien poco si Armstrong puso el pie en la Luna o no ha salido de vacaciones en toda su vida. Creo que no ha entendido mi pregunta. ¿Qué cojones tiene que ver la puta

historia de la Luna con el hecho de que usted se presente en mi casa y me ofrezca dinero por redactar una nota de suicidio? ¿Por qué quiere suicidarse? ¿Por qué me ha elegido a mí para redactar su nota final? ¿A qué viene toda esta historia?... No sé, amigo, si yo no me explico bien o usted no me entiende.

—Le entiendo perfectamente, pero es usted el que no se quiere enterar o es que es completamente estúpido...

—¡Oiga! —se ofendió Ramiro, pero Albert no le dejó terminar.

—Hace unos meses murió Richard Lasdun, el técnico de sonido, en circunstancias muy extrañas. Un año antes fue Anne Kidman, la directora de fotografía: se escurrió en la bañera mientras tomaba una ducha. Y le podría seguir citando un sinfín de casos; todos ellos participaron conmigo en el rodaje. La CIA se los está cargando uno a uno sin ningún miramiento. A mí han tardado en encontrarme, pero ya lo han hecho, me están pisando los talones, es cuestión de tiempo que me encuentren y acaben conmigo. No estoy dispuesto a morir en manos de la CIA. Todo el mundo habla de los métodos del espionaje ruso, de sus torturas, de las cárceles, de la crueldad de sus interrogatorios... Créame, los de la CIA son mucho peores, se lo puedo garantizar. Antes de que ellos acaben conmigo de un modo sanguinario e inhumano, prefiero quitarme la vida yo mismo. Además, hace un año que me diagnosticaron cáncer de páncreas terminal. Los médicos me dieron seis meses de vida como mucho, ya llevo el doble. Y aunque los médicos se han equivocado, lo lógico es que tarde o temprano el tiempo les dé la razón y acabe por palmarla retorcido de dolor en la cama de un hospital, solo. Hace ya mucho tiempo que no tengo a nadie: ni familia, que nunca la tuve, ni amigos. El Gobierno me condenó a una vida errante, ellos me lo quitaron todo, la posibilidad de ser feliz, de tener una familia, de entablar relaciones personales... Me he pasado toda mi vida huyendo.

Como ve, no tengo muchas opciones: la CIA o morir en un hospital como un perro. Pero lo que no estoy dispuesto a hacer es irme de este mundo sin joderles como ellos me han jodido a mí, sin que todo el mundo sepa la verdad. Por eso le he dado las películas a usted. Usted es redactor, ¿no? Ahí tiene las filmaciones, véalas, écheles un vistazo y opine usted mismo. Le dejo a usted encargado de contar mi historia, de sacarla a la luz pública. Le prometí tres mil euros y a usted le pareció una locura. Ahora ya habrá comprendido que no es nada para el trabajo que le encomiendo, solo quería probarlo, ver si estaba dispuesto a timar a un pobre hombre con ganas de quitarse la vida o, por el contrario, era un tipo honesto. Veo que es usted un tipo honesto. El precio por el encargo son sesenta mil euros, diez millones de sus antiguas pesetas. Más todo el dinero que usted puede obtener después por vender la historia. No creo que tenga muchas dificultades en vender una historia como esta a cualquier televisión o medio de comunicación. Esos rollos de cinta valen una fortuna.

Probablemente diez veces más de lo que yo pienso pagarle...

Véalos y luego juzgue usted mismo mi historia. Saldrá de dudas, observará que todo lo que le he contado es la verdad.

—Le vuelvo a repetir —intervino Ramiro, después de unos segundos de duda—: aun suponiendo que todo lo que me ha contado hasta ahora sea cierto...

—Hasta la última palabra —le interrumpió Albert.

—Bueno, pues, aunque suponiendo, como decía, que hasta la última palabra de lo que me ha contado sea cierto, sigo sin entender por qué me ha elegido usted a mí para ser el albacea de su secreto y el encargado de hacerlo ver la luz. ¿No le habría sido mucho más sencillo venderlo usted mismo a la prensa?, ¿llevarlo a la redacción de cualquier periódico o cualquier televisión? Como usted dice, de ser cierta, es una historia muy jugosa, probablemente la historia más jugosa que jamás ha tenido un periódico o una televisión en sus manos. Cualquier televisión o cualquier periódico del mundo. ¿Por qué contársela a un tipo que no conoce de nada? A un redactorucho de tres al cuarto que ha colgado un cartel del balcón de su casa. No tiene ningún sentido, absolutamente ningún sentido.

—En primer lugar, como ya le he explicado, yo pienso quitarme la vida. Si no me matan ellos lo hará el cáncer. No pienso quedarme aquí para sufrir más de lo que ya lo he hecho. Por lo que no busco ninguna notoriedad ni dinero. Dinero tengo más del que pueda desear, se lo aseguro, y nunca he perseguido la notoriedad, más bien he huido de ella siempre que he podido, imagínese ahora que pienso dejar este mundo de una vez...

—Pero eso sigue sin explicar absolutamente nada. ¿Por qué me eligió a mí? Aún más, ¿por qué eligió a nadie? Por mucho que usted no busque la fama o el dinero, si lo que quiere es venganza o simplemente destapar el fraude que realizó su Gobierno, en definitiva, como usted mismo ha dicho, joderles, si eso es lo que pretende, ¿por qué no ha enviado ese material a cualquier medio de comunicación y luego se ha pegado un tiro o se ha colgado de una soga, o se ha suicidado por el mecanismo que usted vaya a llevar a cabo su muerte? El engaño se habría hecho público y usted habría desaparecido de este mundo sin notoriedad ninguna y todos tan contentos. No entiendo qué pinto yo en todo este ajo de conspiraciones, chantajes y suicidios...

—A usted hay que dárselo todo mascadito. Sinceramente, cada vez estoy más contento de haberle elegido a usted. Fue algo casual, pero cada vez tengo más claro que el destino me puso en las manos del hombre apropiado, alguien completamente estúpido y sin ninguna malicia...

—¡No estoy dispuesto a tolerar...!

—Está bien, está bien, perdone por lo de estúpido y déjeme continuar, no es momento para susceptibilidades. Aunque no lo crea, no tengo todo el tiempo del mundo. Me estaba preguntando que por qué le elegí a usted como albacea y

responsable de sacar a la luz pública mi secreto, cuando yo mismo podía haberlo puesto en manos de la prensa y luego haberme suicidado.

Muy sencillo, señor mío. Hay varios motivos, que esperaba que a estas alturas usted ya hubiese intuido. En primer lugar, Albert Toole no existe. Es decir, Albert Toole Jr. existió. Esa fue mi identidad hasta que ellos la borraron por completo. Ahora soy un hombre sin identidad, carezco de ella. No encontrará un solo documento donde aparezca el nombre de Albert Toole, y menos aún donde figure que alguna vez Albert Toole trabajó como montador en ningún estudio audiovisual...

—¡Oh, vamos, hombre! ¡No me venga con esas ahora! ¿Me está diciendo usted en serio que no ha enviado estas latas porque carece de remite con el que poder hacerlo? ¡No me joda, hombre! ¿Me toma por gilipollas? Estamos hablando del mayor fraude de la historia. ¿Cree de verdad que a los tíos de la tele les va a preocupar un carajo quién coño haya mandado las películas? ¿Pero qué excusa es esa?

—En segundo lugar —continuó Albert sin inmutarse ante las palabras de Ramiro—, ya le he dicho que ellos me vigilan muy de cerca. Estoy seguro de que saben que tengo un as bajo la manga. Ellos intuyen que puedo destaparlo todo y por eso quieren liquidarme. No es seguro que yo mande las películas: me arriesgaría a que fuesen interceptadas antes de llegar a su destino. Precisamente ese es uno de los motivos de que aún no me hayan matado. Antes quieren saber qué es lo que yo tengo...

—Mire —volvió a interrumpirle Ramiro—, esto ha sido muy divertido, se lo aseguro. He pasado un rato muy agradable con usted y me ha fascinado su historia, se lo digo en serio. Pero creo que usted está completamente loco y yo tengo una novela a medio escribir que me está esperando; lo que puedo hacer, si le parece a usted bien, es incluirle en uno de los capítulos de mi novela, ya buscaré el modo de hacerlo, no se preocupe. Además, prometo incluirle dentro de uno de los capítulos principales. Contaré todo, lo de su padre, lo de la Luna, todo, se lo prometo. Pero ahora, se lo digo en serio, haga el favor de coger su dinero y sus cintas y largarse de aquí para siempre. Creo que no tendrá ningún problema en encontrar otra persona que esté dispuesta a aceptar su encargo. Hay cientos, miles de redactores que estarían encantados de hacerlo. Pero yo no soy su hombre.

—Si se calla un momento me largaré, podré acabar mi historia y me largaré de una vez. Usted podrá ver tranquilo lo que contienen esos seis rollos y hacer lo que más le convenga. Pero ya que me ha escuchado hasta ahora, tenga un poco de paciencia, ya estamos llegando al final. Una vez que termine me despediré para siempre y dejaré de molestarle.

Le diré de todos modos que, si finalmente decide aceptar mi encargo (estoy seguro de que en cuanto vea el contenido no va a tener ningún problema en hacerlo), le dejo aquí esta llave —Albert sacó del bolsillo de su gabán una llave que dejó

encima de la mesa, junto con un papel—. En el papel hay apuntada una dirección. Es la dirección de un piso que tengo alquilado en Arturo Soria, al que nunca voy por precaución. Como le digo, si decide aceptar mi encargo, en un doble fondo de uno de los armarios del dormitorio, encontrará usted un maletín con los sesenta mil euros que le he prometido.

Y ahora, sigamos, espero que sin más interrupciones por su parte. Me había preguntado por qué no había entregado yo mismo las películas a cualquier cadena de televisión. Ya le he dicho que en primer lugar carezco de identidad y que tengo serias y fundadas dudas de que esas cintas acaben por llegar a su destino. Pero esos no son los únicos motivos, ni siquiera los más importantes. El motivo principal para no haber actuado de ese modo que usted me sugiere es... —¡Bang!

3

Albert Toole cayó fulminado al suelo por un certero disparo en la cabeza, que impactó primero en una de las ventanas del salón. La primera reacción de Ramiro fue tirarse cuerpo a tierra, por si había un segundo disparo. Se quedó así unos segundos, quieto, inmóvil, mirando el cuerpo de Albert, desparramado en su salón, bajo el que comenzaba a formarse un gran charco de sangre. Ramiro también estaba sangrando; tuvo un instante de confusión. ¿Cuántos disparos habían sido? ¿Uno, dos? ¿También a él le había alcanzado una bala? Al poco comprendió que la sangre que le brotaba en pequeñas cantidades de la cara y los brazos era producto de minúsculos cortes causados por la rotura del ventanal al paso de la bala. Pero no solo comprendió eso, sino que también comprendió que la historia de Albert Toole era completamente cierta y que en ese momento alguien estaría a punto de aparecer por la puerta con no muy buenas intenciones. Miró a Albert Toole tumbado en el suelo, al igual que él, pero con la diferencia de que ya no iba a levantarse. ¡Maldito hijo de puta! ¡En qué mala hora se le habría ocurrido aparecer en su casa! ¡En qué mala hora se le ocurrió poner un cartel colgado de su balcón ofreciéndose como redactor! No era momento de lamentaciones, tenía que salir de allí a toda hostia si no quería acabar como Albert Toole, con un disparo entre ceja y ceja.

La llegada del hombre a la Luna para España la retransmitió Jesús Hermida, ese chico que se apartaba el flequillo de los ojos con un movimiento brusco de su cabeza hacia atrás.

Cientos de personas se agolpaban en una casa frente al único televisor del barrio o juntaban sus cabezas frente a la televisión del bar de abajo. Mientras, ese chaval de Huelva que había llegado a Madrid con una maleta cargada de sueños, sin saber que le conducirían a Nueva York, se preparaba nervioso para realizar la conexión. Estaba a punto de dar la noticia más importante de su carrera periodística. Y la dio, claro que la dio. No podía dejar pasar aquella ocasión y, cuando el acontecimiento se produjo, Jesús Hermida entró en un éxtasis particular y se puso a gritar como un auténtico poseso. Parecía que la Luna la estuviese pisando él mismo. El propio The New York Times dijo: «...el corresponsal de la televisión española saludó el acontecimiento con grandes voces en el centro de prensa de la NASA».

Aquella noticia le dio una fama sin vuelta atrás. Hubo otras: Vietnam, el Watergate, el asesinato de Kennedy... EE. UU. se agitaba, el mundo se agitaba.

«El pie de Armstrong toca la Luna como la mano de un niño toca la cara de su madre», dijo Hermida cuando Armstrong puso su bota en la superficie lunar.

Ese mismo año, el 29 de marzo, se celebró en España el festival de Eurovisión. Ganó Salomé en un empate cuádruple sin precedentes: España, Gran Bretaña, Holanda y Francia. Austria no participó, por su negativa a enviar un cantante a un país en manos de un dictador, el general Franco. Un año antes, la vencedora había sido otra española: Massiel.

RAMIRO GUTIÉRREZ HUYE

1

Ramiro no reparó en que estaba en pijama, entre otras cosas porque no era momento para remilgos de esa clase. Cogió únicamente las llaves de su casa, su cartera (probablemente en un movimiento mecánico y rutinario) y salió despavorido hacia la puerta. A mitad del pasillo frenó en seco: ¡los rollos de película! No podía dejarlos ahí. Eran su única salvación, también su condena. Pero de momento eran su única salvación. No podía acudir a la policía sin esas latas. Podrían pensar que había sido él quien había matado a Albert Toole. No, tenía que hacerse con la grabación.

Corrió de nuevo hasta el salón y cogió los viejos rollos. Los metió dentro de una mochila que encontró en la entrada y abandonó la casa. ¡Mierda! Se le había olvidado el papel con la dirección del piso de Arturo Soria donde estaba el dinero escondido. No había tiempo para eso, el puto dinero era lo de menos, ahora tenía que salvar su vida. Frenó de nuevo en seco en el descansillo: no podía bajar por la escalera. Los asesinos estarían subiendo en aquel momento en su busca, ¿y si se los encontraba? No, la escalera no era una buena opción... ¿Qué coño podía hacer?... Se sentía como un conejo atrapado entre el galgo y la escopeta del amo. De pronto, y haciendo bueno ese refrán que dice que la necesidad agudiza el ingenio, recordó que hacía un año había sido presidente de la comunidad de vecinos y que todavía tenía en su llavero la llave que daba acceso a la azotea del edificio, porque tuvo que encargarse de la reparación del tejado. Era su única opción. Recorrió a toda prisa los tres pisos que le separaban de la azotea. Abrió una verja, la cerró a su paso, subió un pequeño tramo de escaleras y abrió una puerta metálica; era el último escollo hasta el tejado.

Allí se quedó, acurrucado entre las tejas y la chimenea del edificio. Completamente cagado de miedo y sin saber qué iba a hacer a partir de ese momento.

2

Así que Albert Toole no era ningún loco. Aquel hijo de puta contaba la verdad: los yanquis se habían inventado todo el cuento de la Luna. ¡Joder, no podía creer lo que estaba pasando!... Le habían pegado un tiro en la cabeza delante de sus putas narices. Esos cabrones iban en serio. En menudo lío le había metido el hijo de puta de Albert Toole. A él le importaba un cojón si los americanos habían subido o no a la Luna y su puta Guerra Fría con los rusos. Y ahora, por culpa de una historia que había sucedido en 1969 a miles de kilómetros de su casa, estaba arrinconado en un tejado como una comadreja.

¿Desde dónde coño habrían realizado el disparo? Era evidente que tenían que

haberlo hecho desde alguna de las terrazas de las viviendas de enfrente. Habían deducido que el capullo de Albert Toole estaba largando la historia y le habían liquidado antes de que abriese su boca. Lo que quería decir que habían sido testigos de toda la conversación que había mantenido con él. Sabían de su presencia, sabían que podía saber algo, y estaba claro que no iban a parar hasta que lo encontrasen. Era cuestión de tiempo. Era cuestión de tiempo que diesen con él en aquel tejado y acabase allí sus días, igual que Albert Toole lo había hecho en el salón de su casa. Tenía que encontrar una manera de salir de allí. Pegó la oreja a la puerta metálica: no se oía nada. Seguramente en ese momento estarían poniendo su casa patas arriba en busca de algo, de los putos rollos de película, por ejemplo. Algún vecino tenía que haber oído algo, puede que alguien llamase a la policía. Aunque tampoco podía esperar mucho de los vecinos: nadie se pringa por nadie, la gente va a lo suyo; en realidad él también iba a lo suyo, no les podía reprochar nada.

¿Cuántos serían? Estarían vigilando el edificio, seguro. Sabrían que aún no habría salido de allí. Estuvo a punto de mearse en los pantalones del pijama, ¿o lo hizo? La situación era bastante cómica: encima de un tejado, en pijama, con un frío de mil demonios y completamente cagado de miedo. Pero lo peor era que en cuanto a aquellos tipos les diese por subir allí arriba, la situación iba a dejar de ser cómica para convertirse en trágica, sobre todo en lo que a él concernía.

3

Ramiro avanzó unos pasos con cuidado entre las tejas hasta que pudo divisar la calle. Seis pisos era una altura bastante considerable como para plantearse siquiera el salto. Aunque, que un tío al que no conoces de nada, con pinta de matón de Pulp Fiction (así era como Ramiro imaginaba a aquellos tipos), te vuele la cabeza en pijama encima de un tejado, tampoco era una opción que le volviese loco.

Había leído en algún sitio que cuando alguien se suicida o se cae desde cierta altura, muere antes de impactar con el suelo. Se le para el corazón del susto o de la sensación que se produce en la caída libre mucho antes de dar con sus huesos en el asfalto. Si eso era cierto podía ser mucho mejor que le volasen la tapa de los sesos de un disparo. En todo caso, todavía no había llegado el momento de imitar a Superman. No se oía ruido ahí afuera, por lo tanto aún no se les habría ocurrido subir hasta el tejado, aunque no tardarían mucho. Había que agotar las opciones antes de realizar cualquier gilipollez de la que luego no pudiese arrepentirse.

¿Quién se lo iba a decir a él? Solo pretendía ganar un poco de dinero extra, redactando unos simples textos, que le permitiera poder escribir su novela sin tener que buscar un trabajo basura. Al final su vida sí que se había convertido en una novela, y sin necesidad de escribir una sola letra, una novela de ciencia ficción y de

terror al mismo tiempo, y cómica, desde luego. Con ese pijama de Mickey Mouse que se había comprado en las rebajas. ¿A quién se le ocurre comprarse un pijama de Mickey Mouse? Claro que uno tampoco sabe que va a terminar luciéndolo encima del tejado de su edificio. Desde luego la situación era para partirse de risa. Cosa que no hubiese dudado en hacer si no fuese porque ahí fuera había unos tíos buscándole con no muy buenas intenciones.

Quizá podía bajar y entregarles la mochila con la filmación de Albert Toole, contarles todo lo que le había dicho y prometer que no iba a decir una sola palabra sobre aquello a nadie el resto de su vida... No, era una absoluta ingenuidad. Si se habían deshecho de Albert Toole sin el menor miramiento, no tendrían ningún problema en hacer lo propio con él. Cogerían la mochila, encantados, y después le arrojarían por el balcón. Eso si no le arrancaban antes las uñas de las manos una a una y le quitaban los dientes con unas tenazas, o le cortaban la lengua con una navaja. Albert Toole había dicho que aquellos tipos eran peores que los espías rusos. Él no tenía la menor idea de cómo se las gastaban los espías rusos ni los espías americanos, pero las películas desde luego no habían contribuido a darles muy buena fama. Y ya se sabe lo que dicen: la realidad supera la ficción...

Ramiro oyó algo al otro lado de la puerta. Pegó su oído: alguien estaba subiendo por las escaleras. ¡Dios! ¡Ya estaban allí! Se oyeron voces, hablaban en inglés. ¡Eran ellos! Tan solo tenía treinta y tres años e iba a morir como un perro encima de un tejado, asesinado por unos sicarios a los que no había visto en su vida, por culpa de aquel hijo de puta siniestro de Albert Toole. Tenía que pensar algo rápidamente. No había nada que pensar: aquello no tenía solución. Se acurrucó detrás de la chimenea y rezó para que a aquellos cabrones no les diese por tirar la puerta abajo.

Alguien golpeó la puerta y gritó algo que no entendió. Iban a entrar. ¡Joder, ahora sí que se había cagado encima!

4

Dicen que cagarse de miedo es un acto reflejo, parte de lo que nos queda de nuestro instinto animal; los animales se cagan cuando perciben peligro para aligerar peso en su huida. Ramiro también lo hizo y quizá esa suelta de lastre en forma de heces fue la que le hizo pensar con mayor claridad. De pronto tuvo una brillante idea, y no solo porque fuese la única que se le ocurrió, sino porque realmente era brillante.

No había otra solución que tirarse por el tejado, pero sin llegar a tirarse: ahí radicaba su genialidad. Es decir, fingirse un suicida encima del tejado. Si todo salía como Ramiro pensaba, la gente se arremolinaría al instante: otra cosa no, pero morbo era lo que sobraba en esta sociedad enferma. No tardarían en llamar a la policía y a los bomberos, que en poco tiempo acudirían en su rescate. Por lo menos eso es lo que

él deseaba, desde luego; muchas más opciones no había. O eso o morir de verdad, vete tú a saber cómo.

Ramiro se acercó con cuidado (no fuera a ser que acabase por caer de verdad) a la repisa del tejado, mientras seguía oyendo golpes cada vez más bruscos al otro lado, y comenzó a exhalar gritos lo más fuerte que pudo con el objetivo de llamar la atención de los viandantes:

—¡Apártense de ahí, no quiero que nadie sufra ningún daño! ¡Voy a lanzarme al vacío, no lo aguanto más, esta vida es una auténtica mierda! ¡Y encima ella se ha ido con otro, con mi mejor amigo! —fue lo primero que se le ocurrió—. ¡Vamos, apártense, solo quiero quitarme la vida yo, ustedes sigan ahí tan tranquilos, con sus estúpidas caras de felicidad, ignorando la crueldad de la vida!...

Los planes de Ramiro salieron como él pensaba y a los pocos segundos tenía debajo casi un centenar de curiosos esperando la resolución de su fingido suicidio. Los golpes tras la puerta metálica eran cada vez más intensos. Empezó a preocuparse y no se cagó de nuevo porque ya lo había hecho y no tenía nada más en las tripas que soltar. Esos mamones iban a entrar en breve y no se veía que ninguno de aquellos hijos de puta morbosos tuviese un teléfono en la mano ni intenciones ningunas de llamar a la policía, los bomberos o alguien que acudiese en su rescate.

¿Pero qué coño pensaban hacer, esperar a que se tirase? ¿Eran unos cabrones psicópatas o qué coño les pasaba?

—¡Voy a tirarme, no traten de convencerme de que no lo haga! —gritó de nuevo.

—¡Pues tírate ya, payaso, no te jode! —se oyó desde abajo—. Aunque solo sea por hortera. ¡Mira que intentar suicidarse con un pijama de muñequitos! Seguro que no eres más que un puto loco con ganas de salir en la televisión. ¡Anda y que te follen, a los tipos como tú había que dejarles morir y no darles ni un segundo de gloria!

Y tú, pedazo de hijo de puta, te merecerías que te diesen una paliza por bocazas e insolidario, pensó Ramiro.

—¡Voy a tirarme a la de cinco! —volvió a insistir Ramiro—. ¡Vamos, apártense! Empiezo a contar y no quiero herir a nadie: Uno... Dos... Tres...

Se oyó un golpe estruendoso tras él y cómo la puerta cedía ante el empuje. ¡Joder, morir de un tiro en la cabeza debía ser muy doloroso! ¿Y si no moría en el acto? ¿Y si comenzaba a perder masa encefálica poco a poco aún en vida y era plenamente consciente de lo que le estaba pasando? Maldijo al hijo de puta de Albert Toole y decidió lanzarse al vacío antes de dejar que le acribillasen a balazos.

—... Cuatro y... —justo en el momento en que se disponía a saltar alguien le sujetó por las piernas.

—¡Nooo...! ¡Déjenme en paz, no me hagan nada! ¡Déjenme morir a mi manera! ¡Por favor, déjenme...!

—¡Ya le tengo! ¡Vamos, pásale la cuerda a la cintura, rápido! ¡Date prisa, va a hacer que nos caigamos todos! —le dijo un bombero a otro—. Y usted, tranquilo, buen hombre, no pasa nada, ya ha pasado todo, ahora tranquilo, está a salvo... Aquí huele fatal, Felipe. ¡No me jodas que te has tirado un pedo! ¡Eres un cerdo!

—Es el suicida, coño —se defendió Felipe de la acusación—. ¿No ves que se ha cagado encima?

—Claro que me he cagado, coño —dijo Ramiro—. ¡Cuánto han tardado ustedes, joder! Han estado a punto de hacer que me maten.

Si llegamos a la Luna no fue para estudiarla ni recoger muestras de su suelo, sino para aventajar a los rusos en la carrera espacial. Todo lo demás quedó en segundo plano...» Estas palabras las pronunció Buzz Aldrin con el paso del tiempo. Fue el segundo ser humano en pisar la superficie lunar y el primero en hacer aguas mayores en ella. Vamos, que literalmente Aldrin se cagó en la Luna.

Al igual que el resto de sus compañeros recibió multitud de condecoraciones. Regresó a las fuerzas aéreas en 1971 y se retiró de ella un año más tarde. Escribió varios libros sobre sus actividades en el programa espacial de EE. UU. En Return to Earth (1970), Aldrin rememora el vuelo del Apolo 11. En Men from Earth (1989), discute acerca de la carrera espacial entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Ha sido un importante analista del programa espacial desde la década de los sesenta y, a diferencia de los otros dos tripulantes del Apolo 11, es el que más se ha expuesto a los medios de comunicación.

Cayó en una depresión que le sumió en el alcoholismo, aunque ha logrado recuperarse y salir adelante. Actualmente continúa dando conferencias y escribiendo libros de ciencia ficción.

La madre de Buzz Aldrin se llamaba Moon ('Luna' en inglés).

EL DOCTOR LEÓN FLORES

(9 de abril de 2007)

1

El doctor León Flores es metódico, ordenado y bastante egocéntrico, lo que no le impide ser un buen psiquiatra. Sin duda, el mejor de la clínica Reyes Católicos y del área 3 de la Comunidad de Madrid, probablemente de toda la Comunidad de Madrid, sea cual sea el área de trabajo.

Eran las doce de la mañana y repasaba sus notas antes de la conferencia que tenía que impartir dentro de dos días en Berlín, en el I Congreso Internacional sobre Enfermedad Mental Crónica (CIEMC), al que había sido invitado, entre otras cosas, por sus múltiples publicaciones y ensayos sobre esquizofrenia; y por las revolucionarias técnicas de recuperación que aplicaba a los pacientes. Técnicas que ya estaban dando resultados a tener en cuenta y que estaban subiendo, en una cuantía nada desdeñable, el porcentaje de pacientes rehabilitados con respecto a otros centros.

Él fue uno de los pioneros en la creación de los CRL: Centros de Rehabilitación Laboral. Centros diseñados únicamente con este objetivo y para este objetivo: rehabilitar y recuperar al usuario para volver a reinsertarlo dentro del mundo laboral.

Hasta hace poco tiempo nadie se planteaba que un paciente con esquizofrenia pudiera siquiera volver a tener una vida normalizada después de años de deterioro por la enfermedad, mucho menos aún poder reincorporarse al mundo laboral. El doctor León Flores había demostrado que, con determinado tipo de pacientes, esto sí era posible.

Era concienzudo y, aunque tenía la conferencia más que preparada, la repasaba en cada hueco que sacaba entre paciente y paciente. Entre otras cosas, porque su ego le llevó a querer dar la conferencia en alemán (idioma que había aprendido hacía más de veinticinco años, pero que no practicaba desde hacía diez), en vez de hacerlo en su idioma materno, como la organización permitía a todos los ponentes, y servirse del sistema de traducción simultáneo.

Una hora y media larga hablando en alemán. Leía una y otra vez en alto su traducción, que también se había encargado de hacer él mismo, intentando encontrar la entonación y la pronunciación apropiadas.

Alguien golpeó con los nudillos la puerta de su despacho, interrumpiendo su lectura y abriéndola antes de que pudiera decir «adelante».

2

Se le había olvidado su cita con una productora que estaba grabando un documental sobre la violencia de género, a la que le había concedido una entrevista que luego ellos extractarían para incluirla dentro del documental. Al igual que sí se puede decir que el doctor León Flores era un experto en enfermedad mental, no se puede decir que lo fuese en el tema del maltrato. Pero la productora llamó al centro solicitando la intervención de un psiquiatra, y el director accedió amablemente y les recomendó al doctor León Flores. En primer lugar, porque como ya hemos dicho era el mejor de todo el centro y el más acostumbrado a hablar en público, a causa de las múltiples invitaciones que recibía constantemente a jornadas, congresos, mesas redondas, charlas, etc. Y en segundo lugar, porque ciertamente todos los psiquiatras pasaban consulta a pacientes con diversas patologías, entre ellas las provocadas por la violencia de género, por lo que técnicamente era tan experto como cualquier otro psiquiatra. Además, hacía unos años, mucho antes de que todo el problema del maltrato hubiese causado la actual alarma social, había escrito algún que otro ensayo sobre el hecho de si había o no un perfil para el maltratador.

Los dos chicos de la productora tardaron más de una hora en colocar las cámaras y las luces, tiempo que el doctor Flores empleó de nuevo en repasar sus notas. Finalmente, la entrevista comenzó y durante casi dos horas mantuvieron con él una charla, a su juicio bastante poco técnica y demasiado confusa, siguiendo un guion feminista a ultranza, en torno al maltrato. Contestó a las preguntas recostado en su sillón, en una postura a caballo entre el desprecio y el endiosamiento, hasta que miró su reloj y, aburrido, dio por finalizada la charla excusándose con el mucho trabajo que aún le quedaba pendiente.

—Espero que esto os haya servido de algo —dijo—. En realidad, creo que hemos tocado ampliamente la temática del maltrato y no hay mucho más que tocar, al menos a nivel clínico. Creo incluso que he dado algunas opiniones de carácter personal que no tienen demasiada validez, pero en fin... Yo tengo que marcharme, pero vosotros podéis retirar las cosas con calma; os dejo las llaves encima de la mesa. Una vez que hayáis terminado, cerrad la puerta y se las dejáis a Isabel, la chica de recepción. —Recogió su maletín y salió del despacho—. Gracias.

El resto del día lo dedicó a preparar su escaso equipaje siguiendo meticulosamente una ordenada lista que empezaba por los útiles de aseo, continuaba por la ropa interior y acababa por los documentos de trabajo, a los que dio un último repaso para cerciorarse de que no se dejaba nada pendiente.

Su conferencia estaba dividida en dos días. La primera parte constaba de la extensa exposición de un caso delante de un auditorio lleno de expertos en la materia

(aunque en realidad podía asistir cualquiera que lo deseara, lo lógico es que en su mayoría fuesen profesionales). El segundo día, y después de las reflexiones de los oyentes, se dedicaba a un turno de preguntas abierto en el que se trataba de responder a todas las dudas y cuestiones que habían podido surgir o no quedar claras a raíz de la exposición del caso.

Cuando le propusieron asistir como ponente al congreso no tuvo ninguna duda a la hora de elegir el caso que iba a presentar: Ramiro Gutiérrez. Era uno de los casos más extraños que había tratado en los últimos años. En primer lugar, porque no correspondía al paciente prototipo de esquizofrenia. Ramiro no había tenido ningún brote, ni ningún comportamiento anormal o sospechoso que hiciese ver un delirio, hasta una edad muy avanzada, muy poco típico en una persona que padece una enfermedad mental.

Ramiro estuvo a un tris de tirarse por la azotea de su edificio, convencido de que la CIA andaba tras sus pasos, pues habían llegado a sus manos unas cintas antiguas, a través de un misterioso hombre, que demostraban que el viaje a la Luna de 1969 había sido un timo de los americanos.

Ramiro fue derivado al centro Reyes Católicos por mediación de una orden judicial para que fuese tratado de su delirio, ya que insistía en su historia y en no querer quedarse solo por miedo a que acabasen con su vida.

Desde un primer momento, Ramiro fue tratado con antipsicóticos y tranquilizantes, siguiendo el protocolo de ingreso de cualquier otro paciente. La manía persecutoria no remitió en las primeras semanas, cosa común en la generalidad de los pacientes, y se le varió de medicación y de dosis.

Actualmente, y después de cuatro años, Ramiro permanecía ingresado en una minirresidencia y tomaba la medicación con asiduidad, aunque su paranoia seguía presente. De hecho, él aseguraba que no era víctima de ninguna paranoia, que todo lo que le había sucedido era completamente real y que, simplemente, si aceptaba someterse a un tratamiento era porque allí dentro estaba seguro, mientras que en la calle su vida corría un grave peligro, ya que sabía cosas que podían hacer mucho daño al Gobierno de los EE. UU.

Una única paranoia durante más de cuatro años y ninguna respuesta al tratamiento. La pregunta era si realmente Ramiro no respondía al tratamiento o este sí que le había hecho el efecto deseado, pero estaba fingiendo su delirio para continuar internado dentro de la residencia, sin tener la necesidad de afrontar su salida al mundo exterior.

Un delirio único y exclusivo, siempre el mismo, sin ningún otro indicio de enfermedad mental, sin ningún otro pequeño brote, sin ningún abandono físico ni de carácter social, a una edad tardía: desde luego, como poco era un caso no demasiado común. Y una buena elección para su ponencia.

En el vuelo de Lufthansa volvió a repasar su exposición. Aunque era un tipo tranquilo y sosegado, que exhalaba seguridad en sí mismo por cada centímetro de su cuerpo, estaba extrañamente nervioso. Aquello podía ser un salto en su carrera, el salto que siempre había deseado y que hasta ahora se le había negado. Muchas cosas podían depender de aquel congreso y todo tenía que salir a la perfección. No era muy lógico que el estúpido de Ricardo ocupase la plaza de jefe de psiquiatría, mientras él solo recibía palmaditas en la espalda y le echaba un polvo por semana a la estirada de la mujer del concejal de Sanidad, sin obtener nada a cambio. Estaba cansado de tener que comerle el coño a esa vieja salida y que no llegasen los ascensos. Aquel congreso debía servir para mandar a la vieja y su coño arrugado a tomar por saco, y de paso hacerle un corte de mangas a Ricardo delante de su cara.

Había dividido su exposición del primer día en dos partes: la presentación del caso en sentido estricto, que no ocupaba más de un cuarto de hora, y la lectura de un extracto de la novela que Ramiro Gutiérrez había escrito, donde contaba pormenorizadamente su delirio. Por supuesto, él en su novela no lo presentaba como un delirio, sino como una historia completamente real y autobiográfica. Lectura con la que pensaba ocupar el resto de la hora y cuarto restante. Qué mejor que las palabras del propio Ramiro para que el auditorio entendiese lo que le pasaba a aquel hombre por su cabeza.

Ramiro había escrito una novela no solo porque quisiese sacar a la luz todo lo que tenía dentro, sino porque realmente Ramiro era un gran aficionado a la literatura con pretensiones de llegar algún día a convertirse en escritor. Esto, en realidad, no podía decirse que fuese un delirio, aunque para el doctor León Flores sí que podía llegar a serlo, dada la falta de calidad en su pluma. Pero esto era agua de otro cántaro, y por suerte a Ramiro le había dado por escribir aquella obra que él ahora tenía en sus manos y que era el eje central en el que basar su exposición. Le había llevado más de seis meses traducirla al alemán, pero estaba seguro de que el esfuerzo daría sus frutos.

La voz de la azafata se oyó por la megafonía del avión advirtiéndole que se abrochasen los cinturones, pues estaban a punto de aterrizar.

El muro de Berlín (en alemán Berliner Mauer, también denominado el «muro de la Vergüenza» por la opinión pública occidental, y «barrera protectora antifascista» (antifaschistischer schutzwall) por la propaganda de la República Democrática Alemana (RDA), fue parte de las fronteras intraalemanas desde el 13 de agosto de 1961 hasta el 9 de noviembre de 1989 y separó el Berlín occidental del Berlín oriental y de la RDA, ocupando un total de 144 km. Fue uno de los símbolos más conocidos de la Guerra Fría y de la separación de Alemania. Muchas personas murieron en el intento de superar la dura vigilancia de los guardias fronterizos de la RDA cuando se dirigían al sector occidental. El número exacto de víctimas está sujeto a disputas y no se conoce con seguridad. Las cifras de las diferentes versiones oscilan entre 86 y 238 muertos.

BERLÍN: I CONGRESO INTERNACIONAL SOBRE ENFERMEDAD MENTAL CRÓNICA

1

El hotel del doctor Flores estaba justo enfrente del Palacio de Congresos (*Kongresshalle*) en la plaza *Alexanderplatz*, en pleno centro de Berlín, uno de los espacios más importantes de la Alemania oriental en su época. Todavía algunos monumentos, como la fuente de la Amistad de los Pueblos, hacían que la plaza conservase un marcado carácter socialista. La organización le había reservado una habitación nada menos que en el lujoso Forum Hotel Berlin, el edificio más alto de la ciudad.

El congreso se extendía durante tres días; él estaba libre el primero de ellos. Se acomodó en su habitación, la 727, se dio una ducha y echó un vistazo al programa. Exceptuando una conferencia sobre los trastornos de personalidad a las once de la mañana, el resto del día no le interesaba lo más mínimo. Estaba cansado y tampoco le apetecía hacer turismo. Además, ya conocía Berlín; es cierto que antes de la caída del muro, pero en ese momento le traían completamente sin cuidado los cambios que hubiese sufrido la ciudad con posterioridad al derrumbamiento del régimen comunista. Eran las nueve y media: tenía tiempo para una cabezadita antes de lo de los trastornos de personalidad.

Despertó a las doce y media; llevaba unos cuantos días sin dormir bien y estaba realmente cansado. Sintió haberse quedado dormido más tiempo del previsto: la conferencia le interesaba verdaderamente y Klaus Bermer, el ponente, era un psiquiatra ampliamente reputado. Ya no había remedio.

Estaba un poco embotado, así que se metió de nuevo en la ducha y dejó que el chorro del agua fría le cayese por encima hasta que lo despertó por completo. Luego cambió al de agua caliente y salió de la ducha hecho un hombre nuevo.

No se le ocurrieron muchas cosas que poder hacer hasta su intervención del día siguiente, y las pocas que se le ocurrieron no tenía ganas de hacerlas. Exceptuando una: hacía unos meses que no echaba un polvo en condiciones: lo de la mujer del concejal no se podía considerar sexo, era más bien trabajo.

El hotel era de cinco estrellas, lo que ya indicaba una atención completamente profesional; además, los alemanes eran gente discreta que iba a lo suyo. No vio por qué no llamar a recepción y solicitar amablemente los servicios de una chica. Lo hizo y, tal y como pensaba, el recepcionista dijo que no se preocupase, que él se encargaría de todo. En menos de una hora la chica estaría en su habitación.

—No se preocupe, una chica rubia de unos veinticinco años... Sí, claro que sí, señor... Lo entiendo perfectamente, se lo cargaremos en su cuenta, no hay ningún

problema.

2

En menos de una hora la chica estaba golpeando la puerta de su habitación. Le congratuló que el gusto del recepcionista fuese similar al suyo y la dejó pasar. El doctor Flores no era hombre de mucha conversación y mucho menos de conversaciones innecesarias e intrascendentes, así que abrió una botella de champán del mueble bar, le ofreció a la chica una copa y antes de que esta le hubiese dado un par de sorbos, el doctor Flores se despojó de su bata y la invitó a comenzar la fiesta.

La tía era de las buenas y no ponía objeción a nada, así que el doctor se pudo desfogar a gusto y cumplir buena parte de sus fantasías. El último polvo se lo echó en la bañera, mientras la chica se duchaba para largarse, apenas ya sin mucho que ofrecer en todos los sentidos. Estaba completamente exhausto y satisfecho.

Antes de que se marchase le dio un billete de doscientos euros por el buen trabajo realizado, además de lo que ya le había pagado el recepcionista. Sin duda lo merecía. La chica se despidió encantada y le dejó anotado su móvil en una libreta que había encima de la mesilla.

Eran las seis de la tarde. Lo de follar había sido una muy buena idea: ahora se encontraba completamente relajado y con ganas de repasar de nuevo su intervención, perfilar los últimos detalles y pulir los posibles fallos. Estuvo un par de horitas con ello y a las nueve bajó a picar algo al restaurante del hotel. A las diez y media ya estaba en la cama durmiendo como un bebé. A las doce y media le esperaba un día importante y necesitaba estar completamente despejado.

3

La sala de conferencias estaba completamente llena. Muchos eran los profesionales, estudiantes e invitados que habían acudido a la ponencia del doctor León Flores: *Ramiro Gutiérrez, ¿historia de una esquizofrenia tardía?*

El doctor Flores se sentó puntual como un reloj, a las doce y media, frente al cartel que le anunciaba. Tomó un trago de agua, comprobó que su micrófono funcionaba perfectamente, saludó a los presentes y comenzó la exposición de su caso. Una breve presentación, y la lectura de los más de sesenta folios que Ramiro había escrito a modo de novela o relato contando su angustiosa experiencia, su delirio, a fin de cuentas.

Hablaba con la seguridad y la contundencia que le caracterizaba, mientras algunos presentes tomaban notas. Tuvo algún que otro problema con la pronunciación de algún término, sobre todo de carácter científico, pero en líneas generales su

discurso fue fluido y nítido. Los presentes agradecieron su esfuerzo. Antes de las dos menos diez, después de una hora y veinte minutos, había terminado su intervención. Los últimos diez minutos los utilizó para lanzar una serie de preguntas retóricas a modo de cierre, «que, junto con las que ustedes formularán mañana, intentaremos contestar entre todos», dijo; «ahora creo que todos tenemos el estómago vacío, así que no les entretengo más, muchas gracias por su asistencia y espero verles aquí mañana a la misma hora».

Mientras recogía sus folios, recibió un par de felicitaciones de algunos de los asistentes que se acercaron hasta él para destacar lo interesante del caso, mostrando la impaciencia que tenían por oír la segunda parte de su intervención y poder plantearle sus cuestiones.

La última de las felicitaciones fue de una estudiante española que cursaba en Berlín el último año de su carrera y a la que León apenas escuchó, pues centró su atención en los espléndidos pechos que se adivinaban bajo una blusa blanca con los tres primeros botones desabrochados.

—Lo cierto es que me encantaría seguir hablando con usted, pero tengo algo de hambre —le dijo el doctor a la alumna—. Su conversación y su entusiasmo me encantan y me retrotraen a mis años de estudiante. ¿Qué le parece si la invito a comer en mi hotel, que está aquí enfrente, y seguimos con esta interesante conversación?

—Encantada —dijo la alumna—. Por cierto, mi nombre es Rosa, el suyo ya lo conozco —se rio, señalando el programa de conferencias que tenía en la mano.

4

Al llegar a la puerta del hotel, el doctor cedió a Rosa el paso de manera galante. Ella agradeció la caballerosidad y se adelantó, momento que el doctor aprovechó para rozar con su mano el trasero de la chica durante unos segundos. Un gesto que podía quedarse a caballo entre lo fortuito, si no era bien recibido, o la insinuación, si su acompañante era receptiva a él. Así fue. Rosa no dijo nada, pero se volvió, advirtiéndole que era consciente de sus intenciones y no le desagradaban. El doctor entendió perfectamente el juego de miradas y, ahora sí, apretó sus nalgas sin ningún pudor.

—Creo que es mejor que pidamos la comida en la habitación, si a usted no le importa —le dijo en el *hall*.

—Claro, allí estaremos más cómodos. Es una gran idea.

Compartieron el ascensor con un matrimonio que iba a un par de plantas más arriba, lo que no impidió a Rosa manosear la verga del doctor por encima de su pantalón hasta que se la puso como una piedra.

Ya en la habitación, el doctor descubrió un par de cosas. Una, que Rosa la

chupaba como ninguna otra mujer se la había chupado hasta el momento, y otra, que debajo de su falda no llevaba bragas, lo que casi le hizo eyacular de inmediato cuando notó su sexo húmedo sin tela que lo cubriese.

—No sé si me gusta más su conferencia o su polla, doctor. Creo sinceramente, y sin desmerecer lo primero, que me gusta mucho más su polla. Espere un momento, tengo que ir al baño —se disculpó Rosa.

León Flores estaba que no cabía dentro de sí; desde luego, pasase lo que pasase al día siguiente, el Congreso estaba siendo un éxito mucho mayor de lo que esperaba y no estaba dispuesto a desaprovecharlo.

Rosa regresó del baño completamente desnuda (su cuerpo, sin duda, era un halago para la vista de cualquier hombre), se arrodilló junto a la cama, entre las piernas del conferenciante y, sin mediar una sola palabra, se empeñó de nuevo en continuar con lo que había empezado hacía unos instantes.

El doctor volvió a sufrir una erección frente a la cara de la alumna. Esta besó un par de veces su glándula, subió a la cama y se dispuso a cuatro patas.

—Soy toda suya, doctor. Ya sabe lo que quiero, ¿verdad? —se insinuó con más descaro que una profesional.

La embistió por detrás sin dudarle un instante. Casi se desmaya a causa de la excitación que le causó la propia penetración, acompañada de los gemidos y las palabras de aliento de la chica.

—¡Deme su leche, doctor! ¡Vamos, cabrón, sigue así! ¡Me encantaaa!...

Por poco no lo hizo dentro de ella.

A las diez y media y, al igual que el día anterior, después de una sesión de sexo imprevista, el doctor León estaba completamente frito en la cama, con su mano apoyada en la cadera desnuda de la joven aspirante a psiquiatra con dotes de *geisha*.

5

A las nueve de la mañana sonó el despertador. Abrió los ojos desubicado, estaba desnudo y completamente solo en la cama. ¿Había estado follando con una joven y experta universitaria o lo había soñado? Se dirigió al baño, se estaba meando. No, no lo había soñado, la chica había dejado una nota escrita con lápiz de labios en el espejo: «Estaré en primera fila, ya sabes que no llevo ropa interior y yo ya sé lo que te gusta, después celebraremos tu éxito. Seguro. Besos de tu alumna favorita».

Claro que lo iban a celebrar. Aquella chica lo iba a matar; ya no era un chaval, pero precisamente por eso no podía andar desperdiciando oportunidades como esta. Aquello no tenía mucho que ver con la concejala de Sanidad. Ya tendría tiempo para eso en Madrid... Aunque, después de hoy, ojalá no hiciese falta.

Mathias Rust nació en 1968. En 1987, a los diecinueve años, voló desde Uetersen a Islandia y posteriormente atravesó Noruega y Finlandia hasta Moscú, evitando las defensas aéreas soviéticas para, finalmente, aterrizar en Vasilevski Spusk, junto a la plaza Roja, cerca del Kremlin, el corazón de la capital de la URSS. Fue un gesto simbólico con el que quiso expresar que no se pueden levantar muros que dividan a las personas. Le costó cuatro años en un campo de trabajo del sóviet; cumplió 432 días.

II INTERVENCIÓN DEL DOCTOR LEÓN FLORES

1

El doctor Flores tomó simplemente un café con leche en la cafetería del hotel y se dirigió al salón de congresos. Eran ya las doce, y además no solía comer nada antes de una cita importante: le entraba un horrible dolor de estómago que le impedía pensar con claridad. Sabía que su caso había causado inquietud el día anterior y tenía que estar fresco para contestar con precisión a todas las preguntas que se le planteasen, que intuía iban a ser muchas.

Le llamó la atención la cantidad de periodistas presentes en la entrada del Palacio de Congresos, muchos más que el día anterior. Era el último día de congreso y a las tres se celebraba la clausura con pases especiales para la prensa, pero aparte de los periodistas que trabajaban para las revistas especializadas y unos cuantos medios interesados en hacer una pequeña reseña en sus páginas, tampoco hubiese pensado nunca que la enfermedad mental levantase tanta expectación.

Atravesó el *hall* y toda la maraña de periodistas y se dirigió a la sala de exposiciones. Le costó acceder a ella: estaba completamente abarrotada de gente, cámaras, fotógrafos y reporteros. Aquello era una auténtica locura, nada comparado con lo que se había encontrado en la puerta. No lo podía creer. Su intervención del día anterior no había estado mal, ¿pero tanto como para llamar la atención de los medios? Aquello sí que era una auténtica sorpresa. En todo caso, tampoco le disgustó. No esperaba hablar ante un auditorio lleno de cámaras, ni se había predispuesto para ello, pero su vanidad podía con eso y con mucho más.

Se abrió hueco como pudo entre la marabunta de gente y cables, y por fin consiguió llegar hasta su asiento. Frente a él, una hilera de cámaras con los pilotitos rojos encendidos en señal de grabación le observaban fijamente. Los *flashes* de los fotógrafos comenzaron a saltar. Como el día anterior, enjuagó su boca con un poco de agua y comenzó.

2

—Les confieso, señores, que estoy francamente sorprendido. Ni en mis más optimistas previsiones hubiese imaginado un auditorio tan lleno y con tanta prensa pendiente de mis palabras. En cualquier caso, me alegra saber que la enfermedad mental, y en concreto mi ponencia, despierta este inusitado interés. —El doctor Flores estaba completamente crecido, satisfecho de sí mismo, aquello era mucho más de lo que jamás hubiese soñado—. Como ustedes saben esta es mi segunda intervención y está enfocada a resolver todas las dudas sobre el caso que aquí, ante un

público cuantioso, aunque considerablemente menor, expuse ayer. Cuando ustedes quieran pueden comenzar con sus preguntas. Intentaré contestarlas del modo más preciso posible.

Eché un vistazo general para ver si localizaba a su aventajada alumna por las primeras filas, pero entre tanta multitud era imposible encontrar a nadie. En fin, ya habría tiempo para eso después.

—Pues ahí va la primera. —Abrió el fuego un periodista—. ¿Cómo es posible que haya estado años medicando a alguien para paliar su esquizofrenia cuando esta era inexistente?

—¿Se siente usted responsable de su suicidio? —preguntó rápidamente otro reportero.

El doctor Flores no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Pero qué cojones de preguntas son estas? ¿Se han vuelto ustedes locos o qué les pasa? ¿Suicidio? ¿Pero de qué coño están hablando?...

Alguien puso un ejemplar sobre su mesa del *Der Spiegel*, otra mano dejó caer uno del *Daily Mirror* e incluso de *El País*.

3

No era capaz de asimilar lo que leía en los periódicos, no podía levantar la cabeza de las páginas, su vista iba de un titular a otro sin entender nada, ajeno a la cantidad de fotógrafos que le rodeaban disparando sus *flashes* a un palmo de su cara.

«EL GRAN FRAUDE DE LA HISTORIA», «EL MAYOR ENGAÑO JAMÁS IMAGINADO», «EL MUNDO ENTERO ENGAÑADO POR LA MAYOR POTENCIA MUNDIAL», «ALGUIEN A QUIEN SE TOMÓ POR ESQUIZOFRÉNICO DESTAPA EL MAYOR TIMO JAMÁS PENSADO»...

Estos eran algunos de los titulares que se podían leer en los distintos periódicos. Debajo de todos ellos aparecían diferentes imágenes de los tres astronautas que subieron a la Luna, Armstrong, Aldrin y Collins, dentro de un estudio de grabación, en un plató que imitaba claramente la superficie lunar, mientras a un lado se podían ver las cámaras y el equipo técnico de rodaje grabando la película.

«DER SPIEGEL DESTAPA EL MAYOR FRAUDE DE LA HISTORIA», decía el titular del periódico alemán, y continuaba:

«Ramiro Gutiérrez, un enfermo mental internado en la clínica española Reyes Católicos, hizo llegar ayer a nuestra redacción seis rollos de película en ocho milímetros que demuestran que el hombre nunca subió a la Luna. El 20 de julio de 1969 el mundo fue engañado flagrantemente, como muchos han venido sosteniendo.

Los rollos de películas fueron grabados, según Ramiro Gutiérrez, por un técnico de sonido, un tal Albert Toole, al que la CIA hizo desaparecer delante de sus ojos.

Junto con los seis rollos de película que Ramiro Gutiérrez envió a la redacción, también hizo llegar su nota de suicidio, que ustedes podrán leer en la primera página. Nuestro diario se ha puesto en contacto con el centro de salud mental Reyes Católicos y ha podido confirmar que ayer fue encontrado el cuerpo de Ramiro Gutiérrez en su habitación. Se había ahorcado con el cinturón de su pantalón.

El psiquiatra que le trataba, el doctor León Flores Villegas, asistió ayer, y lo hará de nuevo hoy, como ponente ante el I Congreso sobre Enfermedad Mental Crónica celebrado en Berlín. En su nota de suicidio, Ramiro le acusa directamente de estar conchabado con los servicios secretos estadounidenses e intentar hacerle pasar por loco para recuperar las grabaciones y luego deshacerse de él. Según Ramiro, precipitó su muerte porque no pudo aguantar más la presión.

Fuentes de nuestro diario han podido confirmar que la exposición que el doctor Flores realizó ayer versó precisamente sobre el caso de Ramiro Gutiérrez.

¿Es un impostor el doctor León Flores Villegas y realmente pertenece a los servicios secretos norteamericanos? ¿Acosó a Ramiro hasta el punto de llevarle al borde de la muerte? Desde luego, tendrá que contestar a todas estas preguntas. Pero quien realmente debe contestar a muchas otras preguntas en los tribunales internacionales es el Gobierno americano»...

Y así continuaba el artículo, que ocupaba más de seis páginas con fotos a todo color. El doctor León Flores no sabía qué decir, no era capaz de articular una sola palabra mientras los periodistas le lanzaban una batería de preguntas para las que parecía no tener ninguna respuesta.

—¿Pertenece usted a la CIA?...

—¿Fue torturado Ramiro?...

—¿Sabía de la existencia de las cintas?

—¿Cómo ha tenido el descaro de dar una conferencia sobre el caso de Ramiro Gutiérrez, sabiendo que no padecía esquizofrenia?...

—¡Farsante!

—¡Hijo de puta!

—¡Asesino!

—¡Pagarás por esto!

El griterío de la multitud iba en aumento. El doctor León Flores, con las manos apoyadas en la cabeza, no hacía otra cosa que leer el periódico que tenía entre sus manos sin poder creer lo que estaba viendo. Los agentes de seguridad del Palacio de Congresos intentaban apartar la masa de periodistas, que se agolpaban a su alrededor como una manada de hienas dispuestas a devorarlo.

A los cinco guardias jurados les era imposible controlar aquel caos de manos, cámaras, grabadoras y máquinas fotográficas.

Una chica de unos veinte años consiguió traspasar la barrera de gente y llegar hasta el doctor León Flores: era Rosa, la chica que se había follado el día anterior, cuando ella le consideraba un héroe. Ahora había pasado a ser un villano y, evidentemente, como tal recibió otro trato.

—¡Eres un cerdo, violador! —le espetó, mientras le abofeteaba la cara.

Ni siquiera ante eso consiguió reaccionar. Uno de los jurados se hizo con ella agarrándola de la cintura, antes de que pudiese asestarle una segunda bofetada, como era su intención, y la consiguió sacar del auditorio en volandas.

—¡Violador, cabrón! ¡Ese hombre es un violador! ¡Ese hombre me ha violado! —seguía gritando en brazos del fornido «segurata» mientras sus pies sobrevolaban un palmo el suelo—. ¡Voy a acabar contigo, vas a pagar por lo que me has hecho! ¡No pienso parar hasta que te vea entre rejas, psicópata!

El doctor Flores no fue consciente de la presencia de la chica, ni de la bofetada, ni de sus improperios, ni siquiera del hilo de sangre que le corría por la mejilla derecha, a causa de una de las uñas de la que ayer fue penetrada de buen grado y hoy le acusaba de violador, y caía sobre la nota de suicidio de Ramiro, que también había publicado *El País* en sus páginas centrales.

Si se tratase del diagnóstico de uno de sus pacientes, hubiese asegurado que sufría un estado de *shock*. Y verdaderamente esa era la palabra exacta para definir el estado en el que se encontraba el prestigioso psiquiatra, que ahora veía su prestigio y su prometedora carrera tambalearse en una delgada línea, al igual que los pies de un funámbulo.

Unos cuantos agentes de la policía alemana se personaron en la sala alertados por el personal del Palacio de Congresos y consiguieron sacar, no sin un esfuerzo considerable, al pobre doctor, cabizbajo, de las garras de la multitud, que le seguía exigiendo unas respuestas que él no estaba en disposición de contestar. Él, que había traído un buen puñado de contundentes respuestas con las que dejar boquiabiertos a todos los asistentes, ahora no tenía más que multitud de preguntas sin resolver y sin un interlocutor al que poder formulárselas. El único que se las habría podido responder, Ramiro Gutiérrez, había callado para siempre, atiborrado de antipsicóticos dentro de la habitación de una residencia hospitalaria para enfermos mentales crónicos.

El muro de Berlín cayó en la noche del jueves, 9 de noviembre de 1989, al viernes, 10 de noviembre de 1989, veintiocho años más tarde de su construcción. La apertura del muro, conocida en Alemania con el nombre de die Wende ('el Cambio'), fue consecuencia de las exigencias de libertad de circulación en la ex-RDA, y las evasiones constantes hacia las embajadas de capitales de países del pacto de Varsovia (especialmente Praga y Varsovia) y por la frontera entre Hungría y Austria, que impuso menos restricciones desde el 23 de agosto. En septiembre, más de trece mil alemanes orientales emigraron hacia Hungría.

Hacia el final de 1989 comenzaron manifestaciones masivas en contra del Gobierno de la Alemania oriental. El líder de la RDA, Erich Honecker, renunció el 18 de octubre de 1989, siendo reemplazado por Egon Krenz pocos días más tarde. El viernes 10 de noviembre de 1989, el diario El País abrió su portada con el titular: «Desaparece el muro de Berlín, último símbolo de la guerra fría».

RAMIRO GUTIÉRREZ

1

Ramiro entendió que la policía, los bomberos y el juez le tomaran por un loco. En primer lugar, nunca hallaron rastro alguno de los agentes de la CIA en la azotea del edificio, ni encontraron el cadáver de ningún Albert Toole en el salón de su casa, ni siquiera pudieron cerciorarse de que existiera ningún Albert Toole, como ya había anunciado el propio Albert. Sí que pudieron comprobar que uno de los ventanales de su salón estaba roto y que aún había restos de cristales por el suelo. Pero, evidentemente, una ventana rota y unos cuantos cristales esparcidos no era suficiente prueba para inculpar a nadie de asesinato, y mucho menos al Gobierno de los EE. UU. de una conspiración.

En segundo lugar, la mierda que llevaba pegada a su culo tampoco ayudó mucho para que le tomaran por una persona cabal, y mucho menos el pijama con dibujitos de Mickey Mouse.

Siendo sensatos, había de reconocer que si él hubiese sido juez también habría firmado su orden de ingreso en un psiquiátrico.

Claro que la cosa era muy distinta cuando uno había vivido todo aquello en primera persona. Probablemente, para verificar su historia hubiese sido tan simple como poner a disposición del juez los seis rollos de película que le había entregado Albert Toole Jr. No lo hizo. Cuando el juez le preguntó por ellos en un tono bastante sarcástico, alegó que los había perdido en la huida.

Lo de las películas, a decir verdad puede que tuviese aún mayor peso que la falta de cadáver, el pijama con los dibujitos de Walt Disney y su mierda pegada al culo. Era evidente que, dadas las circunstancias, nadie en su sano juicio le hubiese tomado por una persona cuerda.

Cuando se dictaminó su orden de ingreso a un hospital psiquiátrico y de ahí fue derivado al centro de salud mental Reyes Católicos, Ramiro respiró aliviado. Tuvo la certeza de que un profesional, sin duda alguna, sabría determinar sus facultades mentales con mucha más exactitud que un juez. No dudó de que a partir de ese momento estaba en buenas manos; ellos harían los análisis oportunos y calificarían su estado como lo que era: una persona con plena capacidad de sus facultades mentales. Se equivocó.

2

A fin de cuentas, ¿cuál es la diferencia entre una persona cuerda y una persona loca? ¿No estamos todos un poco locos y al mismo tiempo somos un poco sabios?

Hay veces que no es sencillo distinguir la realidad del delirio o de la ficción. La línea que separa la locura de la cordura es a veces muy fina, tan fina que se hace imperceptible.

¿Estaba Ramiro Gutiérrez realmente loco? ¿Estaba realmente cuerdo? Como todos nosotros, tenía un poco de ambas cosas.

Los expertos aseguran que la esquizofrenia tiene un componente genético muy elevado, pero que también hace falta un acontecimiento que la desarrolle. No tengo la menor idea de si Ramiro Gutiérrez tenía o no ese componente genético, desde luego los acontecimientos propicios para su desarrollo los tuvo todos. Cualquiera de nosotros en sus circunstancias nos hubiésemos vuelto completamente locos.

Nacer en el seno de una familia marginal, hijo de una madre prostituta, por la que fue abandonado, y obligado a convivir con un padre alcohólico y putero, del que recibió alguna que otra paliza, no ayudó mucho al equilibrio mental de Ramiro, o de Albert Toole Jr., que era su identidad en aquellos tiempos. Participar en el mayor engaño jamás imaginado, tampoco. Ni verse obligado a adoptar una nueva personalidad, a cambiar de residencia, de país, de continente... Quizá fue demasiado para Albert Toole y para Ramiro Gutiérrez.

3

Albert grabó todas esas filmaciones y casi cuarenta años después las puso en manos de la redacción del *Der Spiegel*. ¿Sospechaba el Gobierno norteamericano de la existencia de las grabaciones o de alguna otra prueba que les pudiese delatar? ¿Andaban tras los pasos de Ramiro? Son preguntas que solo él podía contestar y ahora quedarán silenciadas para siempre, o quizá ya las contestó y nadie quiso detenerse a oír sus respuestas.

Albert Toole sufría doble personalidad. Pero a fin de cuentas, ¿no era cierto que la tenía? La de un fantasma que ahora tendría sesenta y cuatro años y la de un joven a punto de cumplir treinta y ocho que nació en 1969 tras la llegada del hombre a la Luna.

¿Quién estaba más loco: Albert Toole o todos nosotros que creímos como idiotas que Neil Armstrong puso su pie en la superficie lunar el 20 de julio de 1969? ¿Quién estaba más loco: Ramiro Gutiérrez o el Gobierno que nos hizo creer semejante engaño, simplemente por una estúpida competencia armamentística con otro país?

¿Quién está más cuerdo: alguien que se vuelve loco después de tamaña locura o los que siguen conviviendo con ella durante años sin que eso pese sobre sus conciencias?

Creo sinceramente que Ramiro Gutiérrez o Albert Toole, como ustedes prefieran, o ambos, son las dos personas más cuerdas de esta historia.

Supongo que algunos de ustedes se estarán preguntando qué fue del doctor León Flores y del resto de los personajes de esta historia.

En su nota de suicidio, Ramiro Gutiérrez le acusaba directamente de ser un agente del Gobierno estadounidense y de estar administrándole una medicación con el objeto de introducirse dentro de su mente para descubrir qué era lo que sabía y cuáles eran sus intenciones. La nota pasó a disposición judicial, aunque evidentemente nunca se demostró una conexión entre el doctor León Flores y la CIA.

Por otro lado, hubo de responder a una acusación de violación que presentó una estudiante española que realizaba su último año de carrera en la Universidad de Berlín. Salió absuelto de ella, gracias al testimonio de uno de los camareros del hotel donde se alojó, lo que no le libró de pasar tres días en las dependencias policiales y la consiguiente humillación.

Después de esto, su brillante carrera como psiquiatra se fue al traste y acabó colgándose de su cinturón seis meses después, al igual que Ramiro Gutiérrez, en un gesto bastante simbólico. Exceptuando algún compañero y la mujer del concejal de Sanidad, nadie acudió a su entierro.

El resto ya lo conocen ustedes por la prensa. El Gobierno de los EE. UU. se ha lavado las manos y dice haberse sentido tan engañado como el resto del mundo. Los tres astronautas, que en 1969 fueron recibidos como auténticos héroes, no han delatado a nadie y se han declarado completamente locos, aconsejados por sus abogados. El caso está en manos de los tribunales internacionales.

Richard Nixon, presidente de los EE. UU. cuando «el hombre subió a la Luna», desgraciadamente murió el 22 de abril de 1994, llevándose a la tumba con él gran parte del secreto para siempre.

Si me preguntan a mí, les diré sinceramente que yo no tengo mucha fe en que de estos juicios vaya a salir nada en claro. Puede que sean otro engaño más. El daño que el 20 de julio de 1969 se hizo al mundo es irreparable; tendrán que pasar muchas generaciones hasta que recobremos la confianza en las instituciones y en el ser humano, quizá nunca más podamos hacerlo y debemos crear un nuevo orden mundial en el que la política y los Estados no tengan hueco.

Yo, por mi parte, he intentado aportar mi granito de arena y he puesto en conocimiento del juez lo que Ramiro Gutiérrez o Albert Toole Jr., aunque yo prefiero llamarle Rami, como el resto de compañeros, me contó cuando compartíamos habitación en la minirresidencia, antes de que me dejase solo.

Siempre tuve claro que Ramiro contaba la verdad, espero que el juez también lo tenga. Pero yo estoy loco, y a los locos tampoco se les suele hacer mucho caso.

Galileo Galilei, uno de los más grandes astrónomos y físicos italianos, se hizo famoso por sus descubrimientos astronómicos, entre los que destacan los satélites de Júpiter y su movimiento en torno al planeta; y que la Luna no era un cuerpo luminoso por sí mismo, sino que brillaba porque reflejaba la luz del Sol. Además, observó numerosos cráteres y otras irregularidades en la superficie lunar. Al observar el Sol descubrió las manchas solares como manchas oscuras movibles, y esto le indujo a pensar que el Sol giraba sobre su eje. Al observar la Vía Láctea descubrió que se descomponía en incontables estrellas. Galileo apoyó de forma directa las teorías de Copérnico sobre el movimiento de la Tierra y los demás planetas en torno al Sol, lo que le provocó problemas con los teólogos y la Iglesia, siendo finalmente obligado por el tribunal de la Inquisición a negar sus creencias en el sistema heliocéntrico.

Después de negar sus teorías ante la Santa Inquisición, algunos presentes oyeron salir de sus labios una frase susurrante: «eppur si muove» ('y, sin embargo, se mueve').

EPÍLOGO

(Nota de suicidio enviada por Ramiro al diario alemán *Der Spiegel*: Ramiro cumple el encargo de Albert Toole Jr.)

1

Ramiro Gutiérrez, aunque tardó, finalmente cumplió el encargo de Albert Toole Jr. y redactó su nota de suicidio (que no dejaba de ser la suya propia) cuatro años después de que este se presentase en su casa una fría tarde de febrero del año 2003. ¿Por qué Albert Toole Jr. estuvo ausente tanto tiempo y no apareció antes en la mente de Ramiro? Al igual que otras muchas preguntas, quedará para siempre sin respuesta, silenciada por su muerte. Aun así, dio respuesta a otras muchas que parecían tenerla ya.

Esta es la carta de suicidio que, junto con los viejos rollos de película en ocho milímetros, hizo llegar al diario alemán *Der Spiegel*:

2

Cuando estén leyendo estas líneas yo ya estaré muerto. He pasado los últimos cuatro años de mi vida encerrado como un loco. Al principio creí estar seguro aquí dentro, protegido, a salvo del peligro que me acechaba fuera, sin darme cuenta de que realmente me había introducido en la boca del lobo.

Confié en el doctor León Flores, en sus manos puse mi secreto, el mismo que ahora pongo en manos de ustedes junto con un dossier a modo de relato, en el que les hago saber cómo llegó a las mías de modo casual, como sucede casi todo en esta vida.

Como decía, confié en el doctor Flores, sin saber que era uno de ellos, un agente infiltrado haciéndose pasar por doctor en psiquiatría. Me ha estado medicando todos estos años con sabe Dios qué fármacos y ahora, para colmo, pretende desacreditarme ante el mundo en un congreso internacional celebrado en la capital del país al que pertenece su publicación, razón por la cual me dirijo a ustedes.

Gracias a mis fundadas sospechas sobre su persona, no le llegué a entregar los rollos de cinta que ahora ustedes pueden visionar. En ellos podrán confirmar, además de mi perfecto estado de salud, el gran fraude al que fue sometida la humanidad el 20 de julio de 1969.

Hagan ustedes con este material lo que crean conveniente. Yo, sinceramente, estoy agotado, cansado, harto de ser tomado por un loco. Tan harto que ya ni

siquiera soy capaz de distinguir la fina línea que separa la cordura de la locura. Puede que finalmente no sea más que un chiflado, al igual que todos nosotros.

Me despido, sin resquemor ni odio hacia nadie, ni siquiera al bueno de Albert Toole Jr., que me condenó sin saberlo a esta miseria... Él también tuvo la suya, que Dios le tenga en la gloria.

Me despido, como decía antes, simplemente exhausto.

Adiós y buena suerte para todos. La necesitamos.

NOTA DE AGRADECIMIENTOS

Gracias a todos los que, de algún modo, se han volcado con su amistad incondicional, que va más allá de todas las cañas, los huevos rotos con jamón y algunos *gin-tonics*, para que esta novela vea la luz, y se han alegrado con ello, tanto o más que yo. Sin ellos no hubiese sido lo mismo.

Son: Juan Manuel Peña (fotógrafo soñador y lunático, como la mayoría de los personajes que aparecen en esta historia); Iván Muñoz y Juan Ruiz Alonso (que me hicieron andar por encima de una azotea con unas zapatillas de *Scooby Doo*, en una escena con la que ni siquiera Amenábar se hubiese atrevido, algo que nunca les perdonaré); Pedro Campuzano, alias «Villegas» (el psiquiatra más egocéntrico y mezquino que jamás he conocido); Cristina Díez (y sus maravillosas «piernitas», además de otras muchas cosas, también maravillosas) y Eduardo Brenes («batera» que puso banda sonora a la llegada del hombre a la Luna).

Por supuesto, también a Palmira Márquez (y su paciencia infinita), que creyó en la novela desde el primer momento; sin su tesón estaría pernoctando en el disco duro del ordenador.